REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX — San José, Costa Rica — **1934** — Sábado 8 de Setiembre — Núm. 10

Año XVI. No. 698

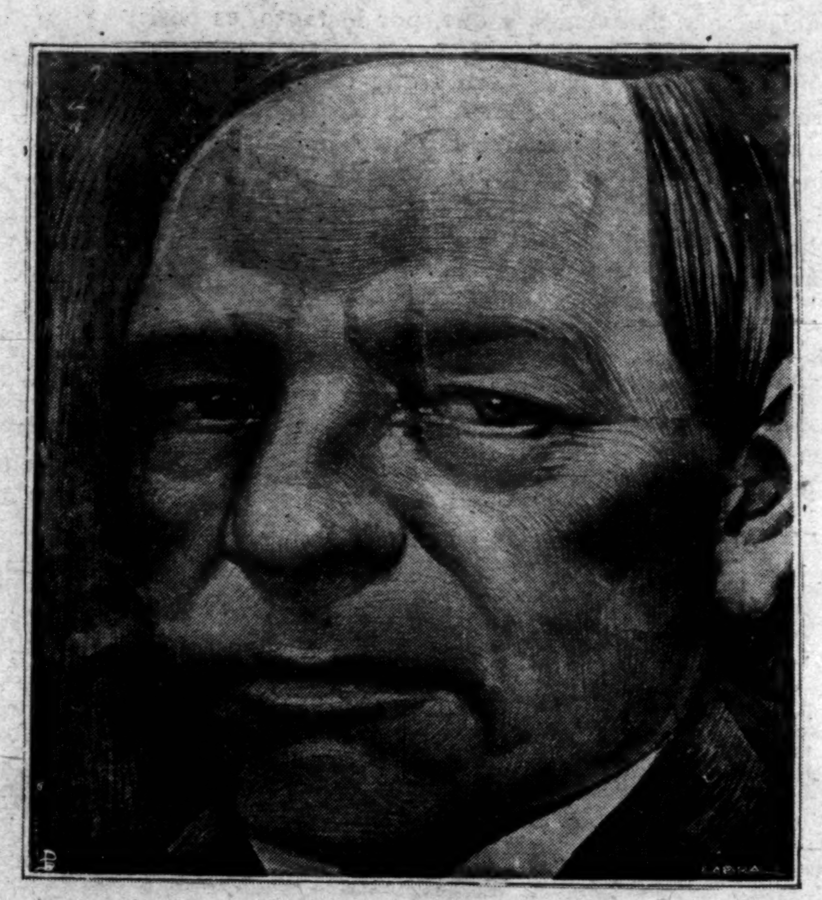
SUMARIO

Benito Juárez y la raza americana

Por *ARMANDO SOLANO*

= De *Ulenspiegel*. Amberes, 4 Julio 1934. =

Benito Juárez, indio mexicano, es quizá la mayor gloria de su patria y de su raza. En él florecieron todos los dones sagrados con que fueron enriquecidos los primitivos pobladores del Continente. La serenidad impasible, el orgullo silencioso, la indefectible moderación, el vuelo místico, la fidelidad al pasado, el amor entrañable al sol y al suelo de la patria, la tenacidad vencedora, la vocación de independencia y de libertad. Ninguna de las alturas que escaló le hizo olvidar el risco nativo, donde sus hermanos de raza penaban y cantaban, labraban la tierra con sus herramientas milenarias, tejían y teñían las telas de su vestido en los mismos telares de toda la vida, en los mismos telares que en muchas partes de América seguirán sosteniendo victoriosamente la lucha contra la manufactura extranjera, porque en ellos se trama también y se urde el complejo sentimiento de una agrupación antigua y que no morirá. Benito Juárez fué la síntesis definitiva de su pueblo. La vida del indio benemérito es como una biblia americana. Allí encontramos todos nuestros principios y todos nuestros preceptos. Cuando un estadista de América vacile, cuando la perplejidad lo asalte, sólo tiene que formularse esta pregunta: En mi caso, ¿cómo hubiera procedido Juárez?



Benito Juárez

Por *García Cabral*

No se puede juzgar al gran mexicano como a un político, como a un caudillo de las epopeyas y de las intrigas mestizas. Sería inmenso error. Es preciso admirarlo como a un profeta y como a un conductor de su raza, como a un vidente iluminado, como a un depositario, acaso el último, de los secretos y de los misterios que trazan el camino de los indios desde el pretérito insondable, hacia un porvenir que nadie alcanza todavía a divisar. A muchos los llenará de sorpresa que en medio de los horrores de la guerra civil y en plena batalla contra el invasor, Juárez promulgase, como si estuviera ciego para el drama circundante, decreto tras decreto, tendientes todos a la emancipación del indio, a la organización de su patrimonio, y a moldear la república, no según el patrón de remotas democracias, sino sobre la vieja y sabia legislación indígena. ¿Por qué? Simplemente porque sentía su misión trascendental y porque nunca entendió la dignidad de Presidente, sino como la continuación del cacicazgo sobre la tierra de sus padres. Hay actitudes exteriores y simbólicas de Juárez, que lo demuestran.

Por tales razones entendemos que si Juárez recibió desde hace cosa de quince lustros insignes homenajes, somos los hombres de hoy, los que ya sabemos la vanidosa mentira de la superioridad de cualquier raza, los que conocemos más o menos bien el alto valor moral y la imponente significación material de las civilizaciones que España encontró en América y sus soldados destruyeron inconscientemente, quienes más obligados estamos a traer la atención del mundo estudioso hacia el indio genial que no quiso marchar en la triste fila de los vencidos. Juárez ejerciendo el mando, en ocasiones dictatorialmente, organizando ejércitos, reuniendo congresos, enfrentándose a los príncipes extranjeros y ejecutando su sentencia de muerte, es el indio en su plenitud, tal como conviene analizarlo. Una extensa bibliografía de Juárez puede ser la clave de muchos enigmas que parecen irrevocablemente indescifrables. En ella veremos algún día que a la raza de América se le atribuyen como características propias e inseparables, algunas actitudes defensivas que la esclavitud, la injusticia y la miseria la obligaron a adoptar. Y a ese respecto debemos decir de una vez, que para los indios, pasado el momento explicable de la furia conquistadora, fué, muchas veces, más democrática, suave y comprensiva la Colonia que la República, cuyas formas siempre han sido imitadas de regímenes exóticos. El progreso se ha venido entendiendo en nuestra América como el alejamiento cada vez mayor de las fuentes tradicionales. Al creer que habíamos alcanzado la cima, todo lo íntimo y fundamental de nuestros pueblos quedaba sacrificado.

De ahí que sea imposible negar que la vida americana es una vasta y sorda tragedia. Allí la fatalidad que pesa sobre el drama colectivo, es la venganza del instinto. Existe y existirá por largo tiempo—mientras la rehabilitación del indio no sea real, sino una cláusula

de insinceros programas electorales, y mientras, por otra parte, no hayamos encontrado en la homogeneidad de la raza el equilibrio interno indispensable—, una viva pugna entre los impulsos latentes, los recuerdos imborrables y las necesidades ineludibles de una raza muda, de un lado, y las doctrinas o teorías europeizantes, del otro. Las castas dirigentes, las mismas castas españolas o criollas, que no han dejado de gobernar, de poseer y de saber, con exclusión de los indígenas, imponen todavía, ya sea en lo económico, en lo político, en lo religioso, o en lo jurídico, fórmulas que están en abierta oposición con la índole del indio. Tarea que sería fácil si éste, como lo piensan muchos, hubiera carecido de toda cultura en la fecha del descubrimiento; pero que será siempre estéril, porque el alma de la raza estaba ya forjada en dilatadas experiencias y canalizada por sistemas religiosos y sociales que labraron surco profundo. El combate entre la orgullosa cultura extraña y la propia, dificulta el adelanto; ha secado los manantiales de la vida; desorientó el empuje iniciado por la conquista y ha esterilizado el genio autóctono, que, avergonzado, esconde sus obras y sus esbozos a los que, naturalmente, la estética y la cultura intrusas condenan como inarmónica. Simple ignorancia de todo un sector del Universo, sistemáticamente abandonado por la sabiduría unilateral.

Cuando el europeo contemporáneo, aleccionado por las calamidades posteriores a la guerra, quiera ir al encuentro del indoamericano, comprenderá cosas que le han de interesar y de aprovechar inmensamente. Y entonces verá que necesita adoptar un espíritu especial, dispuesto a transigir deferentemente con las peculiaridades americanas, si quiere triunfar en aquellos mercados. No basta saber comprar ni saber vender, sino que Europa debe aprender a comprar y a vender en América, porque nuestro clima rechaza la implantación de ciertos hábitos europeos, y porque nosotros no somos, en el fondo, propiamente cristianos ni "occidentales", aunque una demarcación superficial nos clasifique así. Cuando insistimos en darle relieve a la raza indígena, a su sentimentalidad melancólica, a su don poético, a su fineza artística, no queremos agotar un tema literario. Queremos principalmente preparar al europeo para el conocimiento seguro de América, de la América no sajona, a la cual debe llegar con respeto, convencido de que fué y es la cuna de civilizaciones tan dignas de veneración como las otras, civilizaciones que crearon modalidades irrevocables y colocaron al hijo de América más allá de la conquista espiritual, y por tanto, de la absorción.

Las repúblicas indoamericanas, como los países ibéricos, han vivido denigrándose y desdeñándose a sí mismas, lo que ya les da un cierto derecho al desdén de los extraños. La independencia política conseguida hacia 1820 por la mayoría de aquellas repúblicas, ha venido careciendo de significado real para las multitudes, que, como ya insinuamos, frecuentemente perdieron con la abolición del Coloniaje paternal. Las Constituciones, los códigos, las leyes, siguen infiltrados de las nociones del derecho romano. Apenas en México se comienza a reaccionar, y en el Código de Comercio, por ejemplo, que acaba de promulgarse, ha recobrado la costumbre indígena el lugar que nunca debió haber perdido.

¿Cuándo llegaremos a un régimen de la propiedad adecuado a la realidad actual, es decir, formado de la tradición india y del aporte español? Quienes en Europa, astrólogos o políticos, marcan los rumbos del mañana, saben que bajo el claro cielo de América florecieron algunas de las más perfectas instituciones comunistas y que, por lo tanto, es posible que allá las gentes sean menos accesibles al horror que en otras zonas inspira el comunismo. Quisiéramos que los pensadores europeos adquiriesen la noción de que ignorando a América se imponen ellos mismos una limitación dolorosa y les quitan alcance y trascendencia a sus doctrinas y sistemas. En el estudio, más imperioso cada día, de las modificaciones que ha de sufrir esa noción de propiedad, sería bien importante conocer sus diversas modalidades entre las tribus sedentarias y nómades de América, entre las que poseían autoridades despóticas y aquellas que lograron organizarse como modelos de democracia, y manifestaron siempre una tendencia muy acentuada a la pequeña propiedad con todas sus derivaciones individualistas.

Es preciso conocer, cuando se pretende hablar con alguna autoridad de las cosas de América, no solamente los misteriosos orígenes del hombre americano y sus migraciones sucesivas, sino la persistencia de ciertas cualidades a través de la época precolombina, de la conquista, de la colonia y de la república, la cual, no nos cansaremos de repetirlo, porque es necesario, ha sido hasta ahora el régimen de los exotismos heterogéneos, de los ensayos sin bases y sin consecuencia, del cosmopolitismo disolvente. Algo ha de haber de formidablemente sólido y de imperecedero, en una raza que ha soportado todos los choques, todas las desgracias, incluso la de su exterminación casi total, sin perder la fe en sus destinos, sin abandonar, bajo una u otra forma, el culto de sus dioses y de sus ideales. La religión católica, el mayor don que, con el de la lengua, le hicieron a América españoles y portugueses, y que hoy es sin discusión el vínculo más fuerte de unión entre los indoamericanos, no escapa a la influencia omnipotente del atavismo racial. Y los comentadores de buena fe que nos han visitado, no dejan de anotar el extraordinario influjo de los mitos indios en la religión cristiana, así como la acción modificadora de ésta sobre aquéllos. La historia, que tantos ejemplos conoce de colonización espiritual del invasor por los vencidos, no registrará otro caso más notable que éste. La dulzura, la suavidad y el tesón indígenas, modelan a su gusto en corto tiempo las instituciones creadas para sojuzgar a la raza. Pero ¿no sería más humano y más fecundo que en vez de gastar tiempo, sangre y dinero en esta lucha de adaptación, los hombres de Estado dejaran simplemente florecer sin coacción y sin tiranía las virtudes espontáneas del indio?

A éste se le conoce en Europa, cuando se le conoce, a través de las páginas no siempre ingenuas de los cronistas que acompañaron a los conquistadores. Pero sería inteligente recordar que la cultura de todos esos hombres no era superior. Que iban guiados no sólo por un tremendo e irresponsable proselitismo religioso y miraban como enemigos de su Dios, peor aun, como bestias dañinas, a quienes no lo conocían y adoraban con fervor igual, a otros. Juzgaban los usos y las leyes indígenas a la luz de lo que debía ser, de lo que se practicaba entonces en la península ibérica. No tuvieron ni por un fugaz instante—como no la tienen los imperialistas de hoy—, la idea de que estaban llegando a una tierra ajena, y de que sus verdaderos propietarios tenían derecho a vivir como quisieran, como habían vivido sus antepasados. Y aunque algunos cronistas no pudieron ocultar su admiración por aquellos infieles, cuyas costumbres a veces les parecieron tan admirables y tan puras como si ya hubieran sido evangelizados antes, es notorio que la finalidad primordial de las crónicas es adular al capitán, exaltar sus proezas, disculpar, cuando no elogiar, sus inauditas crueldades. ¿Cómo recordar sin espanto la jornada que un piadoso cronista canta, y tras de la cual las aguas del Magdalena corrieron enrojecidas por la sangre de los indios indefensos? En América ya pasó el tiempo de lanzarle recriminaciones al conquistador. Nadie recuerda aquellos episodios con ánimo de venganza. Pero las circunstancias de la conquista, el suceso más importante de cuantos afectaron a la raza americana, no podrían ignorarse sin desconocer el proceso que ella sufrió y está sufriendo.

Ni sería archivo bastante para informarnos sobre el indio de América, la narración que nos legaron los mismos descubridores. Fuerza es adentrarse en la selva de contradictorias hipótesis que procuran explicar la trayectoria de los varios grupos humanos dispersos en el Continente. Y adentrarse, ya lo dijimos, con veneración, en el estudio de las teogonías indígenas y de los indicios varios de su compleja cultura, sin el infantil prejuicio de que el español sólo halló costumbres bárbaras e incoherentes. Predicar el regreso a la unidad indígena sin mestizaje alguno, blanco o negro, sería un absurdo flagrante y una tesis retrógrada desde el punto de vista americano. Quienes queremos la reha-

bilitación del indio, su incorporación en la vida democrática, la restauración de su patrimonio, la resurrección de su arte, el respeto de su carácter y de sus tendencias, ante todo trabajamos por la americanización de América y por la exaltación del factor étnico que es como una levadura de autonomía y como un baluarte de independencia. Según que nuestras repúblicas cuenten con mayor porcentaje de indios puros en su población, es más alta su vitalidad, más precisa su fisonomía, más clara también su idea de solidaridad continental. El caso de México nos exime de toda prueba. Allí el sentido racial es tan vivo y tan dinámico, que acaso sea el único país que ha llevado a un indio sin mezcla de sangre extraña, a la dirección suprema del Estado. Y ésa no fué una coincidencia casual. Juárez, Presidente de México, es el símbolo de la conciencia propia, aquilatada en la nación desde entonces, y que no ha dejado después de intensificarse y difundirse por todo el ambiente social. México va moralmente a la cabeza de los pueblos indoamericanos, porque funda su orgullo en ser y llamarse indio; porque conserva inmensas masas indígenas que han salvado tradiciones y sentimientos; porque ha puesto cuidado especial en el cultivo y desarrollo de la música, de las danzas, de los hábitos indígenas, que le dan al pueblo pintoresca animación, de que carecen los demás en gran parte. Antes que libertador del territorio nacional, Juárez pasó a la historia, justicieramente, como libertador del indio. Y su ejemplo no se ha olvidado por los estadistas mexicanos. El esfuerzo educador que el Gobierno revolucionario ha cumplido y sigue ensanchando constantemente, impone admiración y respeto, más por su espíritu previsor que por su ingente volumen. En efecto, el indio es educado en su propia lengua, se le adapta y se le atrae sin aprisionarlo ni mutilar su alma, y finalmente, los profesores tratan de agudizar en él, complementándolas con la enseñanza técnica, las facultades geniales que cada tribu posee, para pintar, esculpir, tejer, trabajar los metales, con aquella adivinación de gusto y de procedimiento que ha hecho meditar aún a los viajeros superficiales.

En más modesta escala, otros pueblos que mantienen fuertes núcleos indígenas, y siguen siendo fieles al mandato secreto del destino, conservan un sello de originalidad que los individualiza y distingue, que les da derecho a ser alguien en la esfera de las naciones. En el Perú, por ejemplo, nobles espíritus que en un tiempo se agruparon en la Revista "Amauta", libraron hermosas luchas en pro del estudio y de la defensa del indio, cuya civilización fué allí donde alcanzó, después de México, las mayores cimas. Las obras del arte incaico visibles en algunos museos de Europa, producen verdadero asombro. En cambio, la falta del fermento indígena como que les resta sabor a los pueblos y los predispone a disolverse indolentemente en el seno de inmigraciones cosmopolitas, que jamás sentirán amor a la tierra y mañana seguirán su camino, sin otro pabellón que el del lucro. El indio aporta al mestizaje americano su fresco, su inmarcesible idealismo; su severo espíritu de justicia, su dignidad y su pudor. Evidentemente, no será factor poderoso en la construcción de Estados mercantiles, gerenciados como empresas y con fines meramente materiales. Su estoicismo espiritualista, que le ha permitido al indio volver a tener razón y aguardar sentado al borde de sus barrancos, soplando en su flauta desgarradora, el fracaso del maquinismo ensordecedor, le da derecho a gobernar la civilización que tan dolorosamente se está incubando ahora y que necesariamente irá a desarrollarse a orillas de los magníficos ríos de América, en sus mesetas primaverales, cerca de sus lagunas legendarias, en cuyo fondo yacen los tesoros acumulados por los ritos.

El nacionalismo continental que se abre resueltamente camino en la América india—y del cual es episodio emocionante la segunda guerra de independencia que Cuba está peleando con singular denuedo—, no es antieuropeo. No va contra nadie. A riesgo de caer en repeticiones que no son sino prueba de nuestra sinceridad, volvemos a afirmar que el nacionalismo es pacifista en América, eminentemente, inexorablemente pacifista, y no acepta ni concibe adquisiciones ni pérdidas de territorios, surgidas de la violencia. América necesita intelectual y económicamente de Europa. La civilización del maíz, o sea la americana, según la clasificación de algún autor, no debe divorciarse nunca de la civilización del trigo, europea, ni de la del Oriente, civilización del arroz. Europa, si no fuera porción tan vasta del presente, es en todo caso el pasado, con la riqueza de sus verdades, de sus recuerdos, de sus museos y de sus ideas. Nunca llegaremos a pensar que todo ello sea inútil. Pero ambicionamos vincularnos a una Europa más docta en ciencias americanas. Si en algún día remoto pudo parecer signo de superioridad la ignorancia, en el mundo contemporáneo, dirigido sólo por el conocimiento y sediento de saber cada día más, no puede disculparse por elegancia la carencia de informaciones elementales. Los niños de América, los niños indios, que hacen largas caminatas martirizándose los pies, para ir, hambrientos y desnudos en ocasiones, a la lejana escuela, conocen la historia y la geografía de Europa, saben de memoria cuanto se refiere a este Continente. Los hombres maduros llegamos a las capitales europeas después de conocerlas largamente, de estar familiarizados por nuestras lecturas con sus poetas, con sus pensadores, con sus aventureros, con sus bellezas y sus monumentos. Y sufrimos una dura desilusión, que no siempre se cura, cuando nos damos cuenta de la indiferencia aparentemente hostil, con que se considera a un Continente donde trabaja y sueña una raza lírica y piadosa, una raza entusiasta, comunicativa, fraternal, que irá mezclando poco a poco en las amargas relaciones de los pueblos, su grano de dulzura y su fe en las victorias de lo que no pesa ni mata.

El indio de América no necesita de cantores sino de estadistas. Como ha dicho un escritor colombiano, la misión del estadista en aquellos pueblos en formación es aún augusta y deslumbrante. En pleno siglo xx encontrarse con la posibilidad de dirigir en parte la génesis de una raza, de realizar la tarea que leyenda del pasado adscribió a los dioses, es algo que da al pensamiento el escalofrío de una sublimidad. Felices los hombres que sepan realizarla. Estamos saliendo, sin rencores, pero para no recaer en ella, de la época, que ha durado demasiado, en que el elogio hiperbólico del indio era un tema fácil que a nada obligaba. Las cosas han cambiado porque el indio, propietario del suelo, y único que lo sabe explotar eficazmente valiéndose de instrumentos rudimentarios que en sus manos resultan más fecundos que la máquina, empieza a jugar papel de primer orden en la economía. El indio—y de ello han tomado nota ciertos sagaces observadores europeos que en los últimos años llegaron

con recogimiento religioso, con verdadera unción de piedad, a los umbrales de América—, es especialmente antimaquinista, es un artesano manual de vocación divina, y como tal llega frecuentemente a la perfección. Sus tintas, sus cementos y muchas otras cosas que son el secreto de la raza, así como ciertas medicinas, no encuentran rival todavía en la industria moderna. Nuestra llegada tardía a la competencia del progreso, a las insensatas luchas por la velocidad, que vale lo mismo que decir luchas contra la vida, nos impidió a los indoamericanos hacer ciertas inversiones en ferrocarriles, por ejemplo, en instalaciones portuarias y otras análogas. Dimos el salto, como suele decirse, de la mula al avión. Nuestro equipo industrial es bien modesto, y si a él sumamos la aludida enemistad de la raza por el maquinismo, se verá fácilmente que muchos de los agrios problemas planteados al mundo, hallarán en América pronta y serena solución.

No queremos divagar inútilmente. Queremos ser a toda hora leales a nuestro propósito de acercamiento entre Europa y América, acercamiento material e intelectual. Nos dolería como una falta toda página escrita en estos momentos de tan seria gravedad, que no contribuya a difundir la noción de que América les ofrece a todos los que han hambre y sed de justicia, a todos los que quieren el libre desarrollo de la personalidad, dentro de un ambiente físico dulce y pródigo, acogida generosa y hospitalidad sin medida. Nuestro afán por suministrar la noción aproximada de lo que la raza es y será, tiene tal fin. Ni el indio ni el mestizo en sus innumerables matices, son un peligro, una amenaza ni un desagrado para el inmigrante culto. No hay otra raza tan acogedora, tan noblemente desinteresada. Sin embargo, siempre será útil y honrado recordar que nuestros países llegaron a la mayor edad y no ofrecen campo a la penetración dominadora de ninguna clase. Con la doctrina Monroe, doctrina caduca si las hay, que implicaba una protección inútil y peligrosa; con la enmienda Platt, cuya acta de defunción acaba de escribirse algo tardíamente, se han ido a la historia las últimas formas de la mediatización de la América india.

La sombra augusta de Juárez, centinela de nuestras montañas y vigía de nuestras costas, le recuerda al mundo cuánto debe esperar y cuánto habría de temer de aquel almácigo de pueblos jóvenes. Juárez formuló en aforismos de lapidaria sencillez algunos preceptos de paz y equidad, de mutuo respeto entre colectividades, que seguirán siendo siempre la palabra de América. Y no vaciló en marchar con serena ferocidad hasta los extremos del rigor, cuando se trató de impedir que el extranjero profanara el suelo de los antepasados, la tierra que protege las sepulturas donde duermen las momias milenarias de los primeros indios.

Nuestra raza, hoy de formación indescifrablemente compleja, no es una raza xenófoba, ni taimada, ni falsa, ni de ánimo litigante, dispuesta a enredar las cosas y a negarle justicia al extranjero. Todo eso es mentira. Todo eso es la fábula escrita por la piratería cosmopolita, insatisfecha con lo que alcanzó a pelechar en América. La verdad es que se quiso hacer inmortal el período del candor indígena, el cambio de oro y esmeraldas por baratijas sin valor. La verdad es que la finanza equívoca, la caza de concesiones, la adquisición fraudulenta de millones de hectáreas baldías, terminaron ya su carrera. Hoy está Europa y está la América sajona, enfrentadas a unos pueblos conscientes, o en trance de adquirir una conciencia, y que anhelan la cooperación leal, la amistad provechosa, el intercambio limpio, por encima de las barreras, de las restricciones y de las hostilidades que ellos no inventaron y que no habían conocido jamás. La actual situación es insostenible. Europa debe reanudar sus exportaciones de todo aquello que América no sabe ni puede manufacturar, de todo aquello cuya producción es y será exótica y costosa. En cambio, es de América, de donde ha de traer aquellas materias primas y aquellos alimentos que el suelo de las colonias africanas o asiáticas no rinde en calidad aceptable. Mañana, cuando la política de franqueza practicada en Norte América por el señor Roosevelt haya dado sus frutos y los rencores entre las porciones del Continente se olviden, llegará también la hora del entendimiento con Europa.

Pasada la era de la inflación, consecuencia lógica del equivocado concepto de la cultura y del progreso que había venido prevaleciendo, volverán los hombres a trabajar para obtener apenas una justa retribución de su esfuerzo. Volverán a la tierra y volverán al espíritu. Entonces, los pueblos pastores y labriegos de América, que no han caído todavía bajo la esclavitud de la grande industria y del gran capital, traerán a la vida un pulso y un acento menos febril y menos agrio.

El señor J. M. Puig Casauranc, Secretario de Relaciones Exteriores de México, reunió en un pequeño volumen parte de la correspondencia privada de Juárez. No se encuentra en esas cartas la crepitación milagrosa del sobrehumano genio de Bolívar, ni el tono magistral de Santander, el creador de Colombia. Los dos, como algunos de los caudillos menores de la Emancipación, eran criollos ardientes, inflamados por ideologías combativas, y en quienes comenzó la dramática lucha entre la fisiología y la conciencia. Se halla algo más. El reposo, la templanza, la calma, del que está consustanciado con su tierra, del que allí nació y allí quiere morir, porque no hay en él una molécula ni un pensamiento que no sean como dijo el poeta, pedazo de la entraña patria. Juárez no exhorta a su América en proclamas deslumbradoras, no la llama al combate en nombre de nuevos evangelios. Su coloquio es íntimo, velado y discreto. Su elocuencia es el silencio evocador. En su hierática actitud de mandatario, renace la heroicidad taciturna de la raza, que supo morir sin clamores inútiles, segura como estaba de que ni en la cordillera ni en la pampa había perecido la divinidad tutelar de América.

La exposición de los sentimientos primordiales del hombre, que se halla en la correspondencia de Juárez, será su mejor panegírico, su biografía más completa, y la sola respuesta contundente para los cargos que contra él se formularon, ya por su conducta en la política interna, o en el conflicto con el extranjero. No tiene la raza indígena otro valor de quien más justamente pueda enorgullecerse. Sólo su recuerdo le devolverá la arrogante convicción de su vigor y de su inteligencia, y la fuerza moral precisa para asumir los deberes y las responsabilidades que nuestra época le está imponiendo.

"Juárez el impasible"(1) ha llamado al héroe el último de sus biógrafos. Bien llamado. En él culminó esa virtud esencial de la raza. Virtud suprema, que sintetiza el vencimiento del dolor, el desprecio del goce, el inaccesible decoro. El indio ha creído siempre que morir, morir impasiblemente, es la mejor ofrenda a la vida. Y si el hombre de América, de la América tropical, se muestra emotivo, voluble y parlanchín, a la sangre india le debe la facultad reflexiva que lo suele salvar de sus propios errores. Impasible, América avanza por el camino que le trazaron sus dioses. Y concluyamos: América no es un tema poético. Es una realidad económica y social, a la que sería insensato y peligroso seguir desconociendo. En la máxima compenetración humana que vendrá después de las rivalidades actuales, prestará un servicio eminente aquel que aporte el examen definitivo de la raza que en América está fundiéndose y perfilándose.

(1) Véase el tomo Héctor Pérez Martínez: *Juárez el Impasible*. En la serie «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», editada por Espasa-Calpe, S. A. Madrid.

Carlos Marx y la acción del proletariado

Por M. P. ALBERTI

= De *Cursos y Conferencias*, excelente revista del Colegio Libre de Estudios Superiores.—Buenos Aires. =

(Véanse las dos entregas anteriores)

Al fundarse la I[a] Internacional Marx se erige muy pronto en su principal orientador. La influencia de su nombre y la seguridad de sus concepciones colocan en sus manos la dirección de esa organización, para la cual redacta el **Manifiesto inaugural** y los **estatutos**. Estos documentos están más vinculados con la práctica que el **Manifiesto comunista**; éste fué escrito para una vanguardia de luchadores capaces de elevarse hasta sus concepciones teóricas generales, mientras que en la exposición que Marx hace en nombre de la nueva organización tiene que contemplar corrientes diversas y hasta opuestas. A pesar de este inconveniente Marx logra deslizar en el nuevo trabajo las ideas fundamentales del programa de la **Liga comunista.** Comiénzalo con una ojeada a la situación de los trabajadores: "Es positivo que la miseria de la clase obrera no disminuyó en el período de 1848-1864, y, sin embargo, ese período excepcional no tiene ejemplo en los anales de la historia por el progreso realizado por la industria y el comercio". Y el **Manifiesto inaugural** establece justamente las reivindicaciones alrededor de las cuales debe efectuarse la unidad de la clase obrera, y ello sin renunciar a ninguno de los principios teóricos formulados en el **Manifiesto** famoso del 48. En la redacción de los **estatutos,** cuya discusión fué encarnizada, Marx tuvo que poner a prueba toda su habilidad, acaso con más apremio que para componer el **Manifiesto inaugural.** En cada uno de estos documentos salidos de su pluma palpita vivamente la idea central de su pensamiento: la conquista del poder político por el proletariado. Pero si en el **Manifiesto inaugural** esto está expresado casi con tanta agresividad como en el **comunista,** en los **estatutos** no se dice con igual desenvoltura que el proletariado ha de conquistar el poder político. "Considerando—comienzan los **estatutos**—que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos: que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes; que la supeditación del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre política, moral y material; que, por lo mismo, **la emancipación económica de los trabajadores** es el supremo objetivo al cual debe subordinarse todo movimiento político, como medio" (5).

Ha hecho algunas concesiones, sin que ninguna de ellas alcance a ser fundamental; ha tenido que intercalar algunas frases inofensivas, como "obligación", "derecho", "verdad", "moral" y "justicia"; "pero todo está dispuesto de modo que no perjudique el sentido general", escribía Marx a Engels. Marx no tuvo que llegar a prohijar—y no lo habría hecho—la tesis de los socialistas ingleses y franceses, según la cual es necesario luchar por el socialismo porque lo exigen la verdad, la justicia y la moral. Esto habría significado un retroceso al utopismo, mucho antes superado por él, desde el momento en que estableció que las nuevas formas sociales surgen de la vieja sociedad, creadas por el conflicto entre el modo de producción y las fuerzas productivas entre las cuales las más importantes son los hombres. Marx sacó invulnerable este principio, que ya había expuesto en la "Crítica de la filosofía del derecho de Hégel", y alimentados por él el **Manifiesto inaugural** y los **estatutos** conservan su vitalidad hasta nuestros días.

La unidad de la clase obrera ya aparecía a los ojos de Marx como una de las condiciones de éxito; pero de ningún modo la unidad que implique renunciar a la lucha: "Puesto que el éxito del movimiento obrero de cada país sólo puede asegurarse por la fuerza resultante de la acción y de la asociación; que, por otra parte, la utilidad del consejo central depende de su vinculación con la sociedades obreras, ya locales, ya nacionales, los miembros de la Asociación internacional deberán esforzarse, cada uno en su país, por reunir en una asociación nacional las diversas sociedades obreras existentes".

En los sucesivos congresos de la Internacional volvieron a surgir, con contumacia renovada, las diferencias entre los puntos de vista de Marx, que sin alejarse de la realidad abrazaba siempre el conjunto del movimiento obrero, y el de delegados que querían limitar la acción de la clase obrera, unas veces por rechazar la lucha política, como en el caso de los proudhonianos, otras veces por coaligarse con los partidos radicales burgueses, como sucedía con las uniones inglesas, en vez de mantener la amplitud del movimiento y también su independencia.

Los proudhonianos propugnaban con frecuencia puntos de vista reaccionarios. Marx había acorralado a su maestro con las páginas incontrovertibles de "Miseria de la filosofía", demostrándole que sus concepciones no superaban el punto de vista de la economía burguesa y que eran inferiores, desde luego, a las de economistas como Ricardo; que su posición respecto de las huelgas y las coaliciones obreras era reaccionaria porque ni siquiera comprendía su función. Fieles a Proudhón, los delegados franceses al congreso de 1866 condenaban el trabajo de la mujer (porque la naturaleza la ha hecho para el hogar) y rechazaban los sindicatos y las huelgas; hasta se oponían a la limitación legal de la jornada de trabajo. En contra de tan absurda posición el congreso mantuvo y aprobó casi todos los puntos de un informe detallado presentado por Marx, informe que "colocaba en primer plano todos los asuntos que provienen de las reivindicaciones de la clase obrera". A pesar de las arremetidas de los proudhonianos franceses, salió triunfante el punto de vista de Marx. Aquéllos eran enemigos de la organización de clase del proletariado y ponían todas sus esperanzas en la cooperación y en el crédito, y era inútil que Marx hubiera dicho en su obra contra Proudhón que sólo reunida la masa obrera se erige en clase para sí; como su maestro, ellos tampoco comprendían el significado de la lucha de clases. Tan lejos estaban de esa comprensión, que hablaban de "contrato libre y justo" entre el capital y el trabajo sin reflexionar para nada en la distinta posición de los contratantes y con incomprensión tan grande como la de aquél del "mecanismo de la producción capitalista". Marx establecía con su vigor incomparable el origen y la función de los sindicatos. Nacidos de la lucha entre el capital y el trabajo asalariado, a medida que avanzan su organización se hace cada vez más consciente y se destaca su eficacia para frenar la explotación; de este modo llegan a ser los principales núcleos de resistencia contra el vasallaje del capital. Pero se manifiestan también sus deficiencias cuando se transforman en organismos estrechamente corporativos y descuidan los intereses generales del proletariado con el propósito de lograr ventajas para un determinado sector; este procedimiento beneficia a la burguesía, pues así se resiente la solidaridad del proletariado.

Marx no preconiza la dependencia de los sindicatos del partido político de la clase obrera, pero no calla que han de interesarse por la lucha política, porque además de que esta amplitud los saca del círculo de los intereses que buscan satisfacción dentro de la sociedad burguesa para hacerlos luchar por su transformación, todo movimiento económico se convierte inevitablemente en lucha política. "La Internacional recuerda a todos sus miembros—dice Marx—que en el

---

(5) Estas dos últimas palabras, «como medio», no figuraron en la traducción francesa que se hizo de los estatutos; de igual forma se divulgó en Italia, España y Bélgica. En una traducción castellana que conozco impresa a fines de 1923, tampoco figuran esos dos términos. En el libro de Riazánof, «Marx y Engels», versión castellana de M. P. Alberti y H. B. Delio, ***Nota preliminar*** de Aníbal Ponce, edición ***Claridad***, se pueden ver las curiosas incidencias que esa omisión originó y las acusaciones de que Marx fué víctima injustamente.

plan de combate de la clase obrera su movimiento económico y su movimiento político están indisolublemente unidos" (6). Mediante la solidaridad los sindicatos suprimen o por lo menos atenúan la competencia de los obreros entre sí; con esto se fortalecen en su lucha contra el capital, que ya no puede echar mano tan fácilmente, facilidad engendrada por la máquina, del ejército de reserva de los trabajadores o recurrir a obreros extranjeros.

En la época de la Internacional buena parte de los dirigentes obreros veía bien la función elemental de los sindicatos, como los trade-unionistas—empeñados en limitarse a asuntos de salario y de jornada,—pero no llegaba hasta donde iba Marx, que aspiraba a que las organizaciones obreras desenvolvieran su acción con conciencia de clase y apoyaran todo movimiento que tendiera a la emancipación económica y política del proletariado. De los sindicatos parten las fuerzas que van a engrosar las organizaciones políticas del proletariado, en las cuales la lucha es menos limitada que en aquéllos. En cierto sentido se les podría llamar escuela elemental del socialismo, y Marx destacó de tal modo su significación que Arturo Labriola se ha creído autorizado a decir que "el sindicalismo es el heredero histórico y lógico del marxismo" (7).

A juicio de Marx, juicio que tiene plena confirmación histórica, fuera del movimiento propio y autónomo de la clase obrera, fundado en los antagonismos de clase y orientado en el propósito supremo de conquistar el poder político, nada puede llevarla a su emancipación definitiva. Aquí se encuentra el sentido de su frase, inscrita en todos los programas obreros, desde los revolucionarios a los reformistas: "La emancipación de los trabajadorse será obra de los trabajadores mismos".

La gran preocupación de Marx era dotar a los sindicatos de espíritu de clase, capacitarlos para que en ellos la clase obrera llegara a la inteligencia de su misión histórica gracias a la comprensión del sistema social y económico del capitalismo. En la misma discusión del problema sindical Marx tuvo que injertar algunas enseñanzas sobre el mecanismo de la producción capitalista y de la constitución del valor a fin de que los opositores a las huelgas, al aumento de los salarios y a la reducción de la jornada comprendieran los absurdos económicos de Proudhón, para quien todo acortamiento de ésta y alza de aquéllos no significaban mejora alguna para la clase obrera y hasta eran contraproducentes. Verdaderamente, los sindicatos se convertían, con la orientación propugnada por Marx, en uno de los puntales del vasto movimiento social y político del proletariado que ha de abatir a la sociedad capitalista. Esto está anticipado sin equívocos en el **Manifiesto,** y si Marx atenúa algo su agudeza en la época de la Internacional, es porque, como hemos visto, no elabora tesis para un movimiento reducido y casi homogéneo como el del 47—verdadera avanzada revolucionaria,—sino para capas más vastas y diferenciadas. Pero de esta posición conciliadora de Marx, conciliadora hasta donde las premisas reales que había establecido, sobre la condición de las clases de acuerdo con el modo de producción y de distribución no fueran subvertidas, no hay que deducir, como algunos sindicalistas lo han hecho, que Marx se paraba en la organización sindical. La alienta y la esclarece porque conoce su importancia fundamental; mas para acelerar los propósitos que su doctrina persigue y para su realización, tiene que llegar a una acción más resuelta que la de los sindicatos y a una agrupación más homogénea. Su definición ya está contenida en el **Manifiesto,** sobre todo cuando dice en un pasaje ya citado, en qué se diferencian los comunistas de los restantes partidos obreros, aclaración tan oportuna que establece las bases en que se apoyaron más tarde los partidos socialistas nacionales. Un partido, en definitiva, es lo que Marx propugna; partido apoyado en las columnas indestructibles de la lucha de clases, internacionalmente unido, que forja sin cesar la conciencia de clase y tenga como fin revolucionario la conquista del poder político por el proletariado. En la **Liga comunista** primero y en la Internacional después. Marx no perdió nunca de vista este objetivo supremo; está establecido en el **Manifiesto comunista** y en el **inaugural,** el preámbulo de los **estatutos** lo repite y toda la acción a que Marx incita al proletariado es una preparación que tiende a ello. Naturalmente que no cae en el error de proceder en cada instante como si estuviese en la víspera de la revolución social, ni la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado lo lleva a pensar que con esta oposición lo ha explicado y lo ha resuelto todo; la interpretación es más compleja y la táctica no estriba sólo en la simple proyección de ese antagonismo (8).

Bakunin y sus partidarios, por ejemplo, creían que todas las circunstancias eran buenas para promover levantamientos revolucionarios; bastaba, según ellos, apelar al heroísmo de unos pocos para arrastrar a la lucha a los desposeídos y sobre todo a los más miserables, al hampa, al "lumpenproletariat", según el clásico término alemán. Esporádicos e incoherentes, estos movimientos siempre terminaron y terminan en el fracaso. La desilusión no tardaba en dominar a quienes los habían promovido, acaso con ciego entusiasmo, y en lanzarlos a la búsqueda de partidarios en los medios más heterogéneos. Bakunin es el ejemplo típico; unas veces se entrega al proletariado y otras busca en fracciones burguesas la posibilidad de una alianza revolucionaria libertadora (9). Como Bakunin no atisbaba la marcha y el desorrollo del movimiento obrero ni advertía que el socialismo se había metamorfoseado en una teoría que reposaba en los firmes pilares de la lucha de clases, por fuerza tenía que encontrarse en abierta oposición con Marx, aun cuando admirara su clara inteligencia y su capacidad incomparable. Marx, por el contrario, vivía en su tiempo y se anticipaba a lo porvenir; representaba el momento presente y el futuro del movimiento obrero; llevaba a éste la clarividencia de su doctrina exenta de toda ilusión, tan real como las duras relaciones económicas establecidas por el capitalismo.

Cuando la lucha con Bakunin y sus partidarios llegaba a sus momentos culminantes y amenazaba destruir la táctica de la Internacional, Marx fijó en un documento breve y lúcido—el **acuerdo fundamental**—su concepción de la acción obrera y de sus medios: "En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede obrar como clase sino constituyéndose él mismo en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras. Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin supremo: la abolición de las clases. La coalición de las fuerzas obreras, obtenida ya por medio de la lucha económica, debe servir también de palanca en manos de esta clase contra el poder político de sus explotadores. Sirviéndose siempre de sus privilegios políticos los señores de la tierra y del capital para defender y perpetuar sus monopolios económicos y dominar al trabajo, la conquista del poder político viene a ser el primero y gran deber del proletariado".

Nuevamente, y estamos en 1871, habla Marx de la constitución del proletariado en partido político. No obstante su brevedad, este documento representó para los bakuninistas lo que veinticuatro años antes había significado para Proudhón "Miseria de la filosofía". Ni

---

(6) «Nunca la relación estrecha que existe entre la política y la economía se había demostrado tan luminosamente como lo fué en Italia a fines de 1920. Si los anarquistas no fuesen simples metafísicos, se verían obligados a reconocer el valor de nuestro punto de vista y rechazarían la idea infantil que se forjan de la revolución». (A. Lozovski. «Programa de acción de la Internacional sindical roja». 1921).

(7) Arturo Labriola, «Karl Marx. L'economiste. Le socialiste». Traducido al francés por E. Berth. Prefacio de Jorge Sorel. Edición de Marcel Rivière, París. No comparto, naturalmente, la opinión de Arturo Labriola; y nótese que el autor no se refiere al movimiento sindical, sino a una teoría sindicalista, por la cual trabajó Jorge Sorel desordenadamente.

(8) Refiriéndose a los mencheviques versus Lenín dice que «han reducido al marxismo a una mistificación liberal tan miserable, que para ellos fuera de la oposición entre revolución capitalista y revolución proletaria no existe nada, y aun esa oposición no tiene para ellos ninguna significación viva».(«El Estado y la revolución», edición de la Biblioteca Marxista, pág. 55.)

(9) Todavía en la actualidad hay organizaciones anarquistas que buscan en ocultas alianzas con partidos burgueses la posibilidad de levantamientos que favorezcan al proletariado.

uno ni otro han podido ser anulados hasta ahora, y si en el primero se estrellan las ilusiones pequeño-burguesas, en el segundo se rompen los intentos de desvirtuar la táctica y los fines del movimiento obrero.

Puntos muy controvertidos en la doctrina de Marx, y vinculados con la acción que asigna a la clase obrera, son los relativos a la conquista del poder político y a la dictadura del proletariado. "Esta expresión — dice Riazánof — fué acuñada después de la revolución parisiense de 1848, y sólo empezaron a emplearla luego de la derrota del proletariado francés en las jornadas de junio (1848), cuando comenzaron a darse cuenta de que el proletariado no podía limitarse a conquistar el poder político, sino que una vez logrado esto tendría que proseguir su obra hasta desmontar todo el aparato de gobierno de la burguesía, sustituyéndolo por otro nuevo". Consecuentes con esta idea, Marx y Engels declaraban que sería indispensable instaurar la dictadura transitoria del proletariado para abatir la resistencia de los explotadores. El socialismo revolucionario—dice Marx en un pasaje de "Las luchas de clases en Francia"—1848-1850—"es la declaración de la revolución permanente, la instauración de la dictadura de clase del proletariado como paso necesario para la abolición de las distinciones de clase en general, para la abolición de las condiciones de producción de que dependen las distinciones de clase, para la abolición de todas las relaciones sociales que dependen de estas condiciones de producción, para la subversión de todas las ideas que emanan de estas relaciones sociales". La Comuna de París es la prueba fehaciente de la justeza de estas anticipaciones de Marx. En 1872 Marx y Engels dicen que "no basta que la clase obrera se apodere de la máquina del Estado para hacerla servir a sus propios fines": y en 1891 Engels agrega que una vez en el poder la clase obrera debe abolir todo el sistema de opresión que hasta entonces ha funcionado contra ella. En 1875 Marx estampa lo siguiente en su **Crítica del programa de Gotha**: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se abre el período revolucionario de transformación que sirve de puente entre una y otra. Paralelamente, tiene que existir un período de transición política durante el cual el Estado no puede asumir más forma que la dictadura revolucionaria del proletariado". ¿No dice ya el **Manifiesto comunista,** al final del capítulo II, que el despojo del capital y de los instrumentos de producción sólo podrá realizarse al principio mediante acciones despóticas contra la propiedad y el régimen burgués de producción? Aquí hay ya algo más que el germen de la dictadura del proletariado.

Por eso el **Programa de Gotha** (1875) —programa que realizó la unidad entre lassalianos y marxistas—es un retroceso evidente respecto de lo que Marx había postulado siempre acerca de ese punto: en él no se habla de la conquista del poder político por el proletariado y parece un programa elaborado por quienes no han oído hablar nunca de Marx y de Engels y que no conocen, ni siquiera someramente, la historia de las organizaciones que éstos propulsaron. El mismo Engels confiesa en un breve prefacio a la **crítica** de Marx: "La regresión manifiesta de que es prueba el proyecto de programa debía conmovernos particularmente". La verdad es que en el acuerdo entre las dos organizaciones obreras alemanas, los lassalianos impusieron sus puntos de vista en el programa que Marx criticó tan áspera y certeramente y los marxistas hicieron demasiadas concesiones.

A pesar de esta arremetida de Marx, los programas sucesivos de la socialdemocracia alemana—vale decir del socialismo internacional—no se enmendaron mayormente. El programa de Erfurt (1891), que Engels llegó a criticar, si no repite en ciertos aspectos los mismos errores que el de Gotha, contiene desembozadamente el oportunismo que llevó el socialismo a la bancarrota. A propósito de él escribía Engels a Kautsky —autor del programa—: "Este abandono de las cuestiones esenciales en favor de los intereses del día, esta persecución de los éxitos del momento y la lucha por los mismos sin tener en cuenta las consecuencias ulteriores, este sacrificio del porvenir del movimiento en aras del presente, obedece acaso a motivos "honrados"; pero esto es oportunismo y seguirá siéndolo, y el oportunismo "honrado" es tal vez más peligroso que todos los demás..."

Marx murió en 1883, y la idea de la conquista del poder político y de la dictadura del proletariado fué esfumándose paulatinamente del movimiento promovido por su gran esfuerzo teórico y práctico. Para él era uno de los puntos más originales de su doctrina. "En lo que me concierne—escribía a Weidemeier en 1852—, no tengo el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas... Lo que yo he aportado de nuevo ha sido la demostración de lo siguiente: I—Que la existencia de las clases se halla íntimamente relacionada con determinadas condiciones históricas del desarrollo de la producción; II—Que la lucha de clases conduce a la dictadura del proletariado y que esta dictadura no es más que un período de transición hacia la supresión de todas las clases y hacia la construcción de una sociedad sin clases". Y como si Marx intuyera la línea que seguiría la socialdemocracia, termina la **Crítica del programa de Gotha** con estas palabras: **Dixi et salvavi animam meam** (10).

Durante su actuación Marx demostró siempre la virtualidad de su método. En el punto aquí tratado, hemos visto cómo mantuvo constantemente la defensa revolucionaria de los intereses del proletariado y cómo de todas las discusiones sacó incólumes los principios que había forjado sobre su interpretación económica de la sociedad y hasta sobre su concepción filosófica del mundo. Por la pasión sostenida con que los mantuvo, por la firmeza inalterable que puso en la defensa de sus doctrinas y por la seguridad con que proclamaba el triunfo del proletariado, se le ha motejado de sectario, de contradictorio y de fatalista. Ningún pensamiento social, sin embargo, tiene formas más amplias que el suyo ni más fortalecedora unidad entre sus partes. Nutrido de realidades y de esperanzas afirmadas en ellas, nadie más lejos que él de inclinación al fatalismo. ¿Cómo iba a ser fatalista quien incitaba a la acción con tanta eficacia animadora y quien en la primavera de 1845 ya decía que estaba harto de interpretaciones del mundo y que lo esencial era cambiarlo?

(10) *He dicho y he salvado mi alma.*

"De cómo se ha formado la nación colombiana"

Por MIGUEL SANTIAGO VALENCIA

= Colaboración.—La Habana, agosto de 1934. =

Un libro de Luis López de Mesa es una invitación a hondas meditaciones. El que acaba de publicar, consagrado a Colombia, principia por un estudio sobre el signo histórico del nuevo mundo y la índole de la gente que lo puebla. La vastedad de este tema, que a Keyserling le impuso un grueso volumen, donde la intuición suple maravillosamente al conocimiento, condénsase aquí en veintitrés páginas, apretadas de ciencia y de observación, llenas de luminosas perspectivas y de aciertos de justicia en el enjuiciamiento de nuestra psiquis tan confusa y tan desconcertante. De los muchos problemas que traen angustiada la visión de nuestro porvenir, ninguno se escapa al análisis del sabio colombiano. Y no es en las posibilidades, más o menos remotas, que un exaltado americanismo de última hora está insuflando de desmedidas esperanzas, donde él halla los anuncios de una cultura aborigen, sino en los gérmenes de que está grávida nuestra noche continental; gérmenes que en el orden moral suelen ser también podredumbre, como es, generalmente, en lo físico, todo comienzo de vida. Vicios, defectos y cualidades (cualidades que parecen defectos, y vicios que presagian virtudes), propios a una raza en lucha aún por armonizar sus heterogéneos elementos y sin correlación todavía con su tierra, componen el mosto del cual este grupo étnico ibero-americano ha de extraer una cultura autóctona, "probablemente más intuitiva—así lo profetiza López de Mesa—más generosa y poética, y más universal, tal vez, que la europea que hasta hoy le ha servido de mentor espiritual". ¿Será acaso la síntesis entrevista por Luc Durtain, la más vasta que el mundo haya conocido y pueda ofrecer hoy, de latitudes, de razas y de climas espirituales?... Y el día no está remoto, agrega, en que aportemos esa original significación. Pero la halagadora proximidad del vaticinio tomémosla como una pequeña traición que lo afectivo le hace a la razón sociológica, porque el autor, en otro momento de más sereno meditar, tras el examen del proceso racial de nuestros pueblos, llega a la conclusión de que no puede un grupo étnico, sin una armonía de la sensibilidad con el medio físico, dar comienzo a una creación perdurable, y que la etapa presente de estas nacionalidades es de esfuerzos, casi desesperados, de adaptación; es decir, que se encuentran bajo el predominio de la emotividad. Y como entre este telúrico estadio y el del orden espiritual, único en el cual es posible el nacimiento de una cultura en profundidad, el tiempo se ha solido dilatar por siglos y siglos en muchos imperios humanos, no debemos ilusionarnos con la cercanía del presagio, por mucho que sea nuestro afán de alcanzar la expresión del espíritu.



Luis López de Mesa

La actual aceleración del desarrollo de los pueblos, en la que López de Mesa confía para el acortamiento de nuestro plazo de tanteos y de desorientación ideológica—de nuestro período de **animalidad**—¿no encontrará grandes obstáculos en el retardo orgánico de este nuevo mundo; nuevo por la fecha de su nacimiento histórico y nuevo por la infancia de sus fuerzas naturales?... ¡Si el hombre emigraría demasiado temprano a este Continente, que aun no estaba listo para recibir a las especies superiores!

Sea como fuere, el hecho incontrovertible es que nos hallamos todavía en la etapa emotiva, como el sociólogo colombiano llama a esta jornada de la marcha ibero-americana, o en el plano del "orden emocional", si preferimos la denominación del autor de las "Meditaciones Sudamericanas". Este, por los caminos de la intuición, y aquél, por los rigurosos de la ciencia, se topan con la misma primordialidad de nuestra alma, y descubren en ella idénticas inclinaciones, todas del rico reino de la sensibilidad y la emoción. Pero es, precisamente, esta raigambre en el hondón terrenal de nuestro ser, lo que nos hará aptos, cuando nos decidamos a remontar de los bajos fondos y a poner en el espíritu una siquiera parte del sentido de la vida, para crear una cultura más humanizada que la que nació de la razón pura: tal vez la síntesis ecuménica de la inteligencia y el sentimiento que tan angustiosamente el mundo busca.

La duda no le enturbia la esperanza al autor de este profundo estudio de nuestro signo histórico. Para él no es admisible que un Continente de tamaña dilatación, y tan fecundo, y de tal contenido emotivo, agregamos nosotros, no produzco algo original en la esfera del espíritu.

¿Y de qué manera ha contribuído y contribuirá Colombia a esa anhelada sublimación? Nadie ha enjuiciado de modo tan completo, y con igual ciencia, con mayor ecuanimidad ni dones mejores de sociólogo, a país alguno de nuestra América, que López de Mesa a su patria. Fiel a una vieja costumbre suya, costumbre de artista, de darles a sus obras, aun a las más científicas, una bella ordenación arquitectónica, empieza por interpretar el territorio. En breve geografía condensa su variedad y su infinitud, pero sin menguarle la grandeza, sin escamotearle uno solo de sus caracteres, ya sean buenos o ya malos. La encantación patriótica no le falsea en ningún momento la visión del agro colombiano: los páramos, de vegetación maldita; los arriscados montes, indiferentes al hambre del hombre; las laderas edénicas; los valles dadivosos; la selva podrida, donde los horrores vegetales tienen una fecundidad inverosímil; las llanuras zahareñas; toda la gleba colombiana, la humana y la inhumana, extiende su mapa en esas serenas páginas. ¡El escenario paradisíaco de "María", pero también el teatro apocalíptico de "La Vorágine"! La observación de López se ahonda para hacernos calcular mejor la lucha que demanda la hostilidad de los elementos. ¿No vivimos en un Continente cuya evolución geológica parece llevar un retardo de milenios en su ritmo?... ¿Y no alienta con nosotros un rezago de la fauna espeluznante del tercer día de la creación?...

¿Se le avecina al pueblo colombiano, acaso como una fatalidad, la lucha con el trópico cruel? La soberanía y la **civilización** andan exigiéndole el sacrificio de domeñar la selva. López cree que le ha llegado el momento de enfrentarse a ella. Pero ¿no irá a comprometer el destino de sus hijos en esa nueva dominación, de cuyos beneficios nadie está seguro? Su geografía tiene aún muchas regiones clementes y feraces que aguardan su conquista. Además, ésta no es, para ningún pueblo, la hora de deleitarse; es la de profundizarse. Si ha de ser el instinto vital lo que determine su impulso, éste no será, seguramente, hacia la extensión y la cantidad. ¡Tantas empresas superiores lo recla-

(Pasa a la página 156)

FIGURAS DE ESPAÑA

Camilo Barcia Trelles

Por DARIO PEREZ

= De *La Libertad*. Madrid. Hacia 1930. =

A nadie le es permitido ignorar las leyes (**nemini licet ignorare jus**), aunque casi todo el mundo las ignora, entre otras razones, por las que dió, cuatrocientos años ha, el filósofo, crítico e historiador Luis Vives y que se concretan en la imposibilidad de conocerlas todas. Pero esta ignorancia del Derecho es más patente en aquella parte del mismo consagrada a regular el trato de los pueblos entre sí. España era en el mundo, como en la nación, esas aldeas aragonesas, extremeñas, castellanas, acurrucadas, pegadizas y sórdidas, en las dramáticas planicies, ajenas a la dinámica circundante. La gran guerra sacudió violentamente a los que comenzaban a desperezar. Mostró necesaria la vida de contacto; precisa, la garantía recíproca; indispensable, el conocimiento del Derecho en cuanto a los otros pueblos, como lo es el de los pueblos para con sus ciudadanos. Y el Derecho de gentes, el Derecho internacional, como lo llamó Bentham, ocupó en España, como en otros países, sitio preferente.

Sabíase primordial, imprescriptible, santo, el derecho a la vida en el individuo y empezó a comprenderse que el Estado, resultante de la colectividad de individuos, también tiene derecho a la vida, a regirse a sí mismo, que es su independencia. Reconocido y acatado, y siendo indispensable la vida de relación, habrá de regulársela. El Derecho internacional marca ese ritmo.

El concepto empírico de los más lo elevan a científico y profundo un plantel de hombres especializados que cultiva el patrimonio histórico, lo difunde y lleva su eco más allá de las fronteras. Uno de los maestros más destacados, quizá el más destacado fuera de España, es don Camilo Barcia Trelles. Pocas reputaciones tan universalizadas; pocas cimentadas tan sólidamente. De lejos le viene su preparación. Ya durante sus estudios en la Universidad de Oviedo influyeron en él notoria y hondamente las enseñanzas del profesor de Derecho internacional don Aniceto Sela (al cual Barcia Trelles llama siempre "mi maestro"), al punto de interesarle de un modo apasionado por las materias conectadas con el Derecho de gentes. Ya su "memoria" doctoral versó sobre el tema: "El problema balcánico".

Como periodista, al estudio de estas cuestiones dedicó la mayor parte de sus artículos, primero en "El Liberal", en la revista "España" más tarde, y después, desde su fundación, en "La Libertad". Brotó de sus prolijos estudios abundante bibliografía, pudiendo citar, entre otras obras, algunas agotadas: "Ensayo acerca de un imperialismo de raza: el pangermanismo"; "El derecho de la guerra marítima, según las Conferencias de La Haya y Londres"; "La codificación progresiva del Derecho internacional"; "El Tratado de Versalles y sus antecedentes" (estas dos últimas obras en colaboración con su hermano Augusto, que es otro ilustre especialista en materias internacionales, como lo demostró en el Congreso contendiendo con las primeras figuras parlamentarias y en su copiosa y selecta labor de publicista); "La política exterior norteamericana de la postguerra"; "El imperialismo del petróleo y la paz mundial", y "Francisco de Vitoria, fundador del Derecho Internacional moderno" (de esta obra se ha publicado una traducción francesa, editada por la Casa Hachette, de París).



Camilo Barcia Trelles

(En estos días, de paso por Costa Rica)

También colabora en varias revistas, cultivando, singularmente las editadas en América, que requieren constantemente su concurso.

Esto aparte, Camilo Barcia es un esclarecido catedrático de Derecho internacional de la Universidad de Valladolid; presidente de la Sección de Estudios Americanistas, profesor de la Academia de Derecho Internacional de La Haya, profesor extraordinario de la Universidad de Méjico, asociado del Instituto de Derecho internacional, miembro de honor de la Academia Mejicana de Geografía e Historia y miembro fundador de la Asociación Francisco de Vitoria.

Pocos intelectuales se habrán saturado en la preparación de cultura europea como Barcia Trelles y pocos suelen ofrecer el resumen que él de la que ha sido su actividad científica en ambos mundos.

Terminados sus estudios de doctorado en Derecho, en 1912 marchó a Bruselas, donde, en calidad de pensionado, realizó trabajos cerca del profesor Nys, que a su característica de internacionalista universalmente reputado, unía la condición de ser el profesor que con más ahinco y acierto trabajó acerca de los internacionalistas españoles del siglo XVI. A su lado, Camilo Barcia Trelles pronto compartió la admiración que el sabio belga sentía por nuestros pensadores del "Siglo de Oro". Más tarde esa devoción había de producir sus frutos. También como enviado de la Junta de ampliación de estudios, pasó a Berlín en 1913, siguiendo allí los cursos de Kauffan, Triepel, von Martitz y von Listz. En 1914 la guerra cortó bruscamente sus estudios.

De este episodio de la vida de Barcia trata con su peculiar acierto el penalista de mundial reputación Luis Jiménez de Asúa en su libro "Política, paisajes y figuras".

"Hace quince años — dice — que conocí a Camilo Barcia Trelles, cuando juntos estudiábamos en Alemania prefiriendo los libros a los discursos de cátedra y coincidiendo los dos en una hipertrofia crítica, templada más tarde, a la que debemos el salvamento de nuestra independencia espiritual. A los dos hubo de sorprendernos la guerra en Berlín con otros varios compañeros españoles que habían buscado en las aulas alemanas enseñanzas científicas y técnicas. Vuelvo a vivir los agitados momentos que siguieron a la declaración de guerra en Berlín. Barcia y yo, superlativamente imprevisores, no teníamos un centavo a fines de mes, y como la ruptura de hostilidades se inició en los últimos días de julio, nuestra insolvencia era completa. El porvenir económico se nos presentó nada atractivo cuando los Bancos berlineses se negaron a transmitirnos, el 1º de agosto, la pensión, harto menguada, que nos enviaban desde España. Se imponía la solidaridad en la miseria, y desde el primer instante nos agrupamos en amistad fraterna cuatro estudiantes españoles: Pío del Río, que ahora, con la vista en el microscopio, ha llegado a poner tan alto el nombre de España; Alberto Jardón, muerto en lo más fuerte de la vida, consciente de su enfermedad sin esperanza, que supo desprenderse con gesto resignado, día a día, de las más caras ilusiones del vivir; Camilo Barcia y yo...

"El día 7 de agosto, cuando en Alemania se celebraba con una alegría desbordante la toma de Lieja, huímos de Berlín quince españoles. Cuarenta y ocho horas empleamos para recorrer la distancia desde Berlín a Amsterdam, que de ordinario se salva en brevísimo tiempo. Dos noches dormimos en los bancos de las estaciones, donde los ferrocarriles pasaban para retroceder o seguir caminos distintos al que nosotros deseabamos. La huída tenía a Holanda como meta de aspiraciones.

"Cuando el 19 de agosto de 1914, ya hace más de un decenio, desembarcamos en La Coruña, Del Río, Jardón, Barcia Trelles y yo, éramos como hermanos. Desde entonces he seguido paso a paso la labor de Barcia Trelles, con emoción y con cariño, satisfecho de verle ganar una cátedra universitaria y de presenciar cómo se iba cubriendo de autoridad, hasta ser un maestro indiscutible en cuestiones internacionales.

"Acaso no se dé jamás un divorcio más flagrante entre los estudios a que Barcia se dedica y la apariencia externa del profesor de Derecho internacional de la Universidad de Valladolid. Las gentes gustan imaginarse a las personas que laboran en cuestiones internacionales con un atuendo de frase y un atildamiento en el vestir que no hallarán en Barcia Trelles.

"Con el grueso sobretodo desabrochado, el sombrero flexible derribado sin gracia sobre los cabellos, prematuramente encanecidos, y los zapatos sin lustre, Barcia atraviesa las calles de Valladolid en busca de su cátedra, o las calzadas madrileñas que conducen al Ateneo, con un ademán despreocupado y embebido, que mira más al mundo de interiores pensamientos que a las gentes que se cruzan en su camino.

"En una ocasión le robaron la maleta al venir a Madrid a dictar un curso de conferencias invitado por la Universidad. En su equipaje llevaba, además de numerosos libros, pocos vestidos y un sombrero. Barcia se preocupó de renovar las obras perdidas; pero hizo nulo caso de sus trajes; durante una larga época fué a su cátedra vallisoletana con un abrigo viejo y una boina vasca".

Nuevamente se expatria Barcia Trelles. Es en 1916: en plena guerra. Va a Berna, también pensionado. Regresa en 1918. Un año más tarde — el 12 de diciembre de 1919 — obtiene, por oposición, la cátedra de Derecho internacional de la Universidad de Murcia. Pasa después, por concurso de traslado, a Valladolid; funda allí, por iniciativa de Gay, la Sección de Estudios Americanistas, que hoy preside. Sin medios económicos, a costa de sacrificios, consigue editar una Biblioteca de estudios americanos.

Se han publicado veinte volúmenes, en los cuales profesores como Torres Ruiz, Jiménez de Asúa, Gay, Maldonado, González de Echávarri; diplomáticos como Fernández Medina, Rodríguez Mendoza y González Martínez, estudian los más distintos problemas del Nuevo Mundo.

De sus estudios nació, entre otras, su obra "El imperialismo del petróleo y la paz mundial", libro en el cual se trata, en un especial capítulo, de la cuestión del petróleo en Méjico, en sus repercusiones internacionales. De cómo los mejicanos apreciaron la obra de Barcia Trelles da idea este hecho:

Cuando en agosto último fué Barcia Trelles a Méjico, recibió la visita de distintos representantes del ministerio de Fomento, rogándole se sirviese aceptar una invitación de dicho departamento para explicar al pueblo mejicano lo que para su independencia representa la cuestión petrolífera. Más recientemente todavía, con ocasión de la visita a Méjico de los delegados del Monopolio español de petróleos, en un banquete ofrecido por el opulento industrial don Abel R. Pérez a los comisionados españoles, decía éste:

"Y acabo recordandoos que si queréis conocer bien el intrincado problema del petróleo en el mundo y lo medular y decisivo que ha sido el mismo para Méjico, como dice vuestro gran internacionalista Barcia Trelles, recurrid a su obra "El imperialismo del petróleo y la paz mundial"; en ella analiza con profunda sabiduría tan palpitante cuestión".

Dicho libro influyó poderosamente en América; en algunos Parlamentos — podemos citar, entre otros, el argentino — el libro de Barcia se recordaba a diario, con motivo de una discusión sobre la ley de concesiones petrolíferas. Tan es esto cierto, que a las enseñanzas contenidas en esa obra es preciso atribuir el sentido que informa a muchas leyes dictadas en el Nuevo Mundo, y que tienden a la nacionalización del subsuelo y a libertar a los países donde se promulgan de la insaciable codicia y de la ilimitada falta de escrúpulos de los grandes trusts petrolíferos.

Pero la consagración del ilustre profesor como internacionalista vino después.

En 1926 llegan a Salamanca Comisiones holandesas, portadoras de la medalla de oro de Grocio, conferida a aquella Universidad. Piensa la Facultad de Derecho en la designación de un catedrático que explique ante los delegados neerlandeses las teorías de Francisco de Vitoria; se designa a Barcia Trelles; éste acepta. El nombramiento no place a los elementos de las derechas por la significación claramente liberal del designado, y hasta un profesor salmantino firma, con un seudónimo, artículos hostiles para Barcia Trelles. Aquello preparó el epílogo, que fué, sencillamente, triunfal. Cuando Barcia salía del paraninfo de la Universidad se escucharon las más cálidas ovaciones que se recuerdan. Maestros como Royo Villanova y Maldonado sentían que la emoción despertada por el disertante humedecía sus ojos...

Los delegados holandeses tornan a su patria. Allí emiten un informe de lo presenciado en Salamanca. Se habla en el mismo de Barcia Trelles en términos tales, que, conocida su actuación por el Curatorium de la Academia de Droit Internacional de La Haya, ésta le invita para que explique un curso de diez conferencias sobre Francisco de Vitoria. Va a la patria de Grocio, Barcia Trelles.

Es interesante la referencia que de estos cursos dió el profesor D. Andrés Torres Ruiz, penetrante filósofo y exquisito poeta. El auditorio lo formaban gentes de 37 nacionalidades. Aplaudido calurosamente Barcia al ocupar la tribuna, ancho de espaldas, con su camisa de cuello "zabattu" y la color del rostro morena, atezada, que le semeja a un contramaestre, exclama: "Mesdames, messieurs", y todos le ven como un nauta que va a contar hechos azarosos de una larga, trabajosa y heroica odisea.

Y eso iba a contar, sino que el nauta es un fraile español y la nao boga en un mar ideal, y la tierra de promi-

sión que busca es un mundo nuevo, de Derecho humano y de Justicia humana, porque es para todos los hombres, sin curar de fronteras, ni patrias, ni privilegios, ni razas.

Torres Ruiz juzgaba:

"He aquí a Holanda, la patria de Hugo Grocio, a donde Barcia ha venido a mostrar su verdad, que es verdad nuestra, de España. Ante el público heterogéneo el profesor va con mesura, que es arte, y con serenidad, que es ciencia, mostrando la efigie del gran español, y dándole vida y emoción recóndita, sin gestos excesivos y sin espíritu de combate. Acaso por esto, el éxito del profesor, que es nuestro, de la Universidad española, ha sido rotundo, y para los que hemos tenido la dicha de gozarlo con nuestros propios ojos nos ha sido ocasión de alegría para hoy y de esperanza para mañana".

———

Barcia Trelles es, ante todo, un esclavo de la verdad. De los internacionalistas españoles del siglo XVI heredó ese amor. Por amarla fué, y es, un implacable diseccionador de las demasías del imperialismo yanqui. Habló de él recientemente en su obra "La política exterior norteamericana de la post guerra".

Mas como en todos los pueblos existen amantes de la verdad, cierto día Barcia recibe una invitación inesperada. La dotación Carnegie para la paz internacional acuerda crear una pensión anual para invitar a un profesor europeo, y designa como iniciador a Barcia Trelles. Va éste al Nuevo Mundo. Vive varios meses en Washington; alterna allí sus estudios sobre "Doctrina de Monroe y cooperación internacional", con explicación de conferencias en distintas Universidades: Columbia, Pensylvania, George Washington, Virginia. En sus conferencias exalta la escuela española del siglo XVI. Sus prédicas no caen en el vacío. Un estado de conciencia se forma en los Estados Unidos de admiración hacia aquella España, cualitativamente grande. De difundir la verdad se había encargado con todo el peso de su ciencia, de su inteligencia y de su bondad un sabio y un santo: James Brown Scott, el "amigo de España" por excelencia. Así nace un propósito; rendir a la Universidad española del siglo XVI un homenaje mundial en 1932.

No todo es actividad serena y retrospectiva en la actuación del profesor español. Le llega un momento de responsabilidad. Es cuando la Universidad de Virginia le invita a tomar parte en una "Panamerican Round Table" para discutir la política de los Estados Unidos en Centro América y en el mar Caribe. Va a Virginia Barcia Trelles, y allí su inflexible sinceridad se muestra una vez más; su crítica es dura, lógica, implacable; su discurso alcanzó gran profusión. Barcia deja en Virginia tan sólo amigos: los ciudadanos norteamericanos son los primeros a rendir tributo a su amor a la verdad y se requiere nuevamente su colaboración para el estío próximo.

Barcia, cuando habla de Norte América, no tiene palabras para exaltar dos virtudes del pueblo norteamericano: su hospitalidad y su tolerancia para escuchar las más duras críticas. Ha encontrado igualmente desinterés e idealismo. Juzga que no perfilan exactamente el pueblo norteamericano aquellos que creen que allí no hay más preocupación que la conquista del dólar. Viven en aquellas tierras espíritus de alta comprensión y es deber ineludible tenderles una mano generosa.

———

De los Estados Unidos a Méjico, donde dió seis conferencias y la Universidad Nacional lo recibió confiriéndole el título de profesor extraordinario. Sus disertaciones versan sobre un tema: "Interpretación del descubrimiento y conquista de América por España del siglo XVI". Esas disertaciones provocan interesantes polémicas, repartiéndose los opinantes en dos sectores irreductibles. Pero la tarea no ha sido vana; especialmente prenden esas enseñanzas en la juventud mejicana.

Mateo Solana, uno de los espíritus de selección de aquella prometedora juventud, emitía en "Excelsior" los más entusiásticos juicios. Anunciaba que será perdurable la emoción producida por Barcia en cuanto a la subjetividad, moldura mental y doctrina de concordia jurídica y equidad universal en el Derecho.

"Su grandeza no está en la arrogancia—dice—, sino en su negación de las seculares y renovadas artimañas de los poderosos con la tradición española en la mano. Es el hombre de ciencia que sortea los problemas planteados por los hombres de la brutalidad. Todo asiste a este hijo cordial de Francisco de Vitoria en su obliteración de la violencia".

———

El final de su etapa americanista es La Habana. Allí torna al presente: esta vez habla de problemas palpitantes. Son nueve conferencias en el teatro Martí y tres en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Unas y otras versan sobre la política exterior de los Estados Unidos en el pasado, en el presente, en el porvenir. La prensa habanera reseñó ampliamente sus disertaciones. Toda ella ponderaba el curso de Barcia por la elocuencia y sabiduría con que trató los estados de opinión hasta Monroe; fijación de las peculiaridades yanquis de la doctrina, "todo el problema de América al enfrentarse con un público de curiosidades poco afinadas", escribe la "Revista 1929". "En los mejores sectores—afirma—han triunfado la honradez y la ciencia de Barcia Trelles".

———

Orgullosa debe mostrarse España de la altura a que ha puesto Barcia en América su cultura y su nombre, y su tradición y su concepto del Derecho. Cuando—pese a la obra positiva y elevada que realiza la Sociedad de Naciones, con ayuda de varones preclaros de todos los países—se perciben latidos belicosos y mal reprimidas codicias, un profesor español apostoliza sobre la doctrina de Vitoria, demostrándose que España es la cuna del Derecho internacional.

Hace más. Obedeciendo a inspiraciones de su maestro Brown Scott redacta el "Memorándum" para el homenaje que en 1932 se tributará a las Universidades de Salamanca y Valladolid, el cual, a su entender, deberá servir de punto de partida para la creación de un Instituto o Centro de Estudios Internacionales inspirados en las teorías del siglo XVI, dando lugar a un intercambio de validez académica con las Universidades norteamericanas; "teorías — ha dicho Barcia—de conciencias en perenne estado de inquietud que supieron aprisionar lo que hay en la vida humana de eterno: el culto a la verdad. Por eso su labor adquirió perfiles de inmortalidad".

Por tener esta creencia, cuando se le ha hablado de la organización de la Ciudad Universitaria, ha dicho:

—Lo que se necesita, mejor que esplendorosas exteriorizaciones halladas en todas las Universidades de cierto nombre, es sentir la grandeza de la misión a realizar, trabajar en silencio, abusar lo menos posible de los actos espectaculares y formar día a día un espíritu universitario abierto a todas las inquietudes del mundo y cobijando todas las emociones creadoras.

———

Camilo Barcia no fué un estudiante excesivamente aplicado. Así como el exa-

men no es crisol del mérito, una coruscante hoja de estudios puede ser justificadora de aplicación; pero no es crisol de fuerte mentalidad. Entretanto Barcia hizo su labor universitaria, vivió en la penumbra del mediocre. Cuando la coronó, empezó a echar los cimientos de la altísima reputación de que goza.

Es capacidad y herencia: su padre, asturiano como él (nació en Vegadeo, Oviedo), fué el reputado jurisconsulto don Secundino Barcia Arango. El hijo sabe hacer honor a la memoria del padre, enalteciéndola y enalteciendo el nombre de España.

Apenas entrado en los cuarenta y dos años, en esa edad que llama el insigne doctor Marañón "meseta de la vida", goza de envidiable prestigio en su país, en Europa, en América. Otras lejanas tierras le reclaman. Están necesitadas de que las conforten paladines de la independencia de los pueblos. Pasaría Barcia Trelles bajo arcos de triunfo. El panegirista de Francisco de Vitoria, el ardoroso discípulo de Brown Scott, el severo fiscal del imperialismo, sabe bien a cuántos lugares conduce ahora el mar Pacífico, el camino del Extremo Oriente, camino rayado por anchos surcos qué aguardan la siembra...

Estampas

Abramos los ojos; el mercader yanqui pretende imponernos tratados comerciales inicuos que excluyan la competencia de otras naciones.

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración* =

El sopor mortífero en que el Departamento de Estado tiene sumidos a estos pueblos, subía grados hace un año por este tiempo cuando la Unión Panamericana, su eficaz y funestísima agencia, organizaba la conferencia numerada de Montevideo. Había necesidad de una gran ostentación de política panamericanizante que hiciera ver color de rosa la invención del "buen vecino". Los "expertos" en asuntos latinoamericanos —avanzadas del imperialismo al servicio del Departamento de Estado—trabajaron con tesonero empeño para ordenar los ocho puntos de la conferencia numerada. El orden era primordial porque siete eran el azúcar que confitaba la píldora que en Montevideo debían tragarse nuestros pueblos por medio de sus delegados entontecidos. Acomodar el punto esencial fué trabajoso para la Unión Panamericana y los expertos. Imaginaron cosas relativas a la paz, al derecho internacional, a derechos políticos y civiles, para las mujeres, a problemas sociales, a transportes, a cooperación intelectual. Y en medio de tanta prometedora sugestión pusieron la verdadera, la que constituyó toda la preocupación del Departamento de Estado: problemas económicos y financieros.

La era de gobierno del segundo Roosevelt hace hincapié en una política comercial trazada con miras continentales. El comercio de los Estados Unidos ha sufrido espantoso decaimiento. Las industrias de otras naciones afanadas en abrir mercados a sus productos emprendieron lucha recia y han podido oponer a la industria yanqui competencia quebrantadora. Estos pueblos tratan con industriales japoneses, alemanes, ingleses, checoeslovacos, españoles y consumen mercaderías a precios mucho más bajos que los fijados a sus productos por el yanqui. La consecuencia es terrible para el comercio yanqui y entonces el Departamento de Estado incluyó como norma de su política eficaz la expulsión de todo ese comercio forastero.

Buscó estadísticas de importación de los productos de estos pueblos a los Estados Unidos y clasificó así por su importancia a cada uno de ellos. Estableció la relación de lo importado con lo exportado y dió al instante con la clave para acabar con la competencia de las industrias forasteras. Producen estos pueblos café, bananc, nueces, maderas, pieles, petróleo, etc. Los mercados yanquis acogen en un porcentaje crecido esa producción. De modo que es oro yanqui el que recibimos como transformación de lo que producimos. Con oro yanqui estamos viviendo y haciendo los progresos de que nos ufanamos. No es natural que ese oro se disperse atraído por la mercadería japonesa o checoeslovaca que llega ofrecida por agentes tenaces a precios imposibles de ser bajados por el producto yanqui. La mano de obra, la materia prima, los impuestos son factores que hacen cara la mercadería yanqui. El Departamento de Estado hace recuento de todo y promete al manufacturero que el oro yanqui que estos pueblos reciben por sus productos volverá a las industrias yanquis.

Para que ese oro vuelva a Estados Unidos el Departamento de Estado plantea a cada pueblo de la América nuestra en la conferencia numerada de Montevideo el asunto de los tratados comerciales. Es decir, la conferencia de Montevideo fué nada más que el pretexto para decir de una manera oficial que el Departamento de Estado necesitaba tratados comerciales que le garantizaran a sus industrias el consumo en estos pueblos de sus innumerables productos. Si estos pueblos querían seguir teniendo mercados en los Estados Unidos para el café, para el banano, para las pieles, para las nueces, debían hacer mercados para la producción yanqui. Mercados permanentes, cerrados para cuanta mercadería quisiera llegar ofrecida a precios mucho más bajos. Los Estados Unidos cuentan con una producción industrial que ha crecido enormemente a causa de esta América nuestra. Aquí ha podido vaciar sus barcos repletos de géneros. Aquí ha podido vaciar una ferretería que ha hecho millonarios a los industriales yanquis. Y aquí podrá vaciar los innumerables productos que las invenciones científicas e industriales irán sacando cada día de la materia prima. Los mercados de esta América desunida son prometedores, han sido el estímulo de las industrias yanquis. Ahora los encuentra el ciclo del segundo Roosevelt quebrantados por una competencia dejada penetrar en momentos fatales. Y contra esa competencia que ha puesto la mercadería yanqui muy lejos del bolsillo del consumidor hispanoamericano, reacciona con sus métodos de exclusión el Departamento de Estado.

Como reacción se llevó a Montevideo a delegados de estos pueblos y se les presentó la necesidad de ligarse a los Estados Unidos por medio de tratados comerciales. Ya habían sido convocados a Washington representantes de

naciones grandes y de producción voluminosa para que fijaran las bases de los tratados que con ellas quería legalizar el Departamento de Estado. Ya Colombia, ya Brasil, ya Argentina, ya Chile habían recibido la advertencia de que se ligaran a los Estados Unidos por tratados comerciales si querían mercados para sus productos. Con esto llegaron los Estados Unidos a Montevideo, es decir, llevaron a los demás países la advertencia que no debían desoír.

Se cumple el año de la preparación de la reunión de Montevideo y es activa la casta diplomática yanqui en estos países volviendo realidad lo de los pactos comerciales. Cuba inicia el empuje. El trato del buen vecino imagina la renuncia de los Estados Unidos de los derechos que la Enmienda Platt le da sobre los destinos cubanos. Para hacer aparatosa y visible a los ojos del bobo la renuncia firman tratado de cinco cláusulas, una de las cuales, la tercera, deja vivos todos los inicuos derechos que la podrida Enmienda Platt reservó sobre la bahía de Guantánamo al imperialismo yanqui. Los dejan vivos porque en verdad son la esencia de la Enmienda. No importa que lo demás de ella desaparezca ostentosamente. La base naval queda como garfio que no ha de salir nunca de la carne cubana. Tampoco han de salir otros garfios a pesar de la derogatoria de una Enmienda que la política del "buen vecino" juzgó ofensiva para las buenas relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Cae la Enmienda aparatosamente y los gansos de los corrales hispanoamericanos gritan a coro en dirección al segundo Roosevelt. Estos gansos no pueden ahondar, no saben ahondar y el imperialismo yanqui, que lo sabe, les da estos enormes problemas cubiertos de tontería. Se tragan la estupidez y graznan. En lo de Cuba dicen que el señor Roosevelt hizo cosa grande. Pero el señor Roosevelt no ha hecho sino actos de fariseísmo. La Enmienda Platt en lo que lanzó al basurero para dar la impresión de muerte, no dejó al imperialismo del Departamento de Estado sin la garra villana clavada sobre Cuba.

Un tratado comercial ha sustituido a la Enmienda Platt y en él ha metido la astucia agresiva del yanqui imperialista todo lo que necesita para seguir dando trato de factoría a Cuba. Ahora tendremos otro nombre para la iniquidad imperialista en Cuba. Se aprovecha el Departamento de Estado de la invalidez en que el cubano de honor ha caído por la imposición imperialista en el Gobierno de la Isla. Se aprovecha de que el cubano de honor está gobernado por pobres hombres alentados por el caporal soez que recibe órdenes del Departamento de Estado yanqui. Y lo sorprende en esa invalidez y le impone un tratado comercial que debe ser una vergüenza, que tiene que ser una vergüenza, porque el imperialismo no da libertad al cubano para que acabe con la miserable condición de factoría en que lo tiene sumido, en que tiene sumida a Cuba.

Pues el comienzo de la nueva política comercial del segundo Presidente Roosevelt lo tienen nuestros pueblos en Cuba. Ahora siguen los demás como aplicación de la farsa imperialista de Montevideo. Ya la tribu diplomática mueve hilos. Oyen estos pueblos hablar de tratados comerciales con los Estados Unidos. Sólo que no entienden lo que han de ser esos tratados. Despiertan a una realidad que los hará más desgraciados. Precisa explicarles lo que esos tratados comerciales de factura imperialista yanqui han de significar en su futuro. El silencio ahora es complicidad con el Departamento de Estado. Contemos lo que quieren hacer con cada pueblo panamericanizado por la funesta Unión Panamericana. Si lo contamos con vehemencia, con pasión, con ánimo censurador, los tratados fatídicos no serán aprobados por nuestros congresos y senados. Esos tratados son la sumisión a la industria yanqui. Y con la sumisión a esa industria, la sumisión a un gobierno imperialista que usa todas las empresas de su nación para imponer su garra imperialista. Necesitan los Estados Unidos, gobernados por una plutocracia imperialista, excluir de la América nuestra aquellas competencias a su comercio que lo quebranten. Para eso el tratado comercial por medio del cual cada pueblo nuestro queda obligado a surtirse exclusivamente de la industria yanqui. Es una industria mucho más cara. Si ahora goza el consumidor hispanoamericano de relativas ventajas con la importación de mercaderías de la industria japonesa, o alemana, o checoeslovaca que puede producir a un costo enormemente mucho más bajo que el manufacturero yanqui, con ligarse nuestros gobiernos a tratado comercial imaginado por el Departamento de Estado, desaparecerán una tras otra todas las ventajas. La competencia que se ha establecido es beneficiosa para el consumidor. Toda competencia es siempre beneficiosa. El yanqui encuentra que no puede competir. Encuentra que otra industria más capacitada para la elaboración barata la va desplazando, la va dejando sin mercados. Y en su impotencia acude a esclavizar más a estos pueblos, acude al tratado comercial. Derrotado por las industrias de naciones que saben trabajar en forma eficaz para resistir cualquier competencia, se arma y levanta la maquinaria del Departamento de Estado, es decir, la maquinaria gubernativa del imperialismo. Esa maquinaria aparece amenazante y quiere imponer el tratado comercial. Es decir, quiere imponer la iniquidad. Con el tratado yanqui no tendrán estos pueblos abiertas sus aduanas para la mercadería que hoy llega en enormes cantidades a hacer barata la vida, a hacer menos desgraciada la condición de los pobladores de este continente asediado.

Pensemos en la iniquidad de los tratados que como consecuencia de la farsa de Montevideo nos trae hoy la tribu diplomática yanqui. Pensemos en que esos tratados nos esclavizarán más al imperialismo que se manifiesta en tanta empresa fenicia como la United Fruit C°, como la Electric Bond and Share C°, como la Pan-American Airways Inc. Si pensamos en las iniquidades que padecen estos pueblos cuando esas empresas caen sobre ellos y los aprisionan, no veremos con indiferencia la política comercial del segundo Roosevelt. Guerra a los tratados iniciados en Cuba para extenderlos a toda la América nuestra. Guerra a esos tratados que quieren acabar con la competencia de industrias magníficas que están surtiendo los mercados de la América con beneficios admirables. Esto lo ha de sentir el Departamento de Estado. Ha de comprender que no se dirige por medio de su tribu diplomática a pueblos imbéciles. Ha de sentir el repudio grande que un continente le hace a una política farisaica que arrincona lo que ha sido ya motivo de escándalo para sustituirlo por lo que será todavía mayor motivo de escándalo y de oprobio.

Costa Rica y Setiembre de 1934.

Algunas poesías

Por CARLOS LUIS SÁENZ
= Colaboración.—Heredia, Costa Rica =

Para Eduardo Uribe
en Rep. Americano

ENSUEÑO

Estaban tan verdes los potreros
que la tarde bajó a jugar en ellos.

Se afinaron los ecos por los cerros,
largos vientos
abatieron los árboles del cielo;

el horizonte sorprendió a los niños
con sus jugos bermejos

y el sol de todo un día,
de viejo,
se hizo nuevo.

Estaban tan verdes los potreros
que la tarde bajó a jugar en ellos.

934

INFANTITA, HIJA MIA

Sobre las flores, flor, flor,
te pone mi corazón.
Nacen de la tierra flores,
tú, no;
que desde el cielo tu tallo
hacia la tierra creció.
Pequeñita, delicada,
más que flor del aire, más;
en mirada de ángel abre
tu corola de cristal.
La estrella de la ternura
aun mi pecho blando hirió;
tú, no;
tú, flor de luz en el agua
azul de mi corazón.
Milagreas, Infantita, hija mia,
hija flor,
en mi pecho alto; tan alto
que más allá de los cielos,
y de los lirios del ángel,
te pone mi corazón!

934

DIA DE LA MADRE

¡Entre la rueda de los nietos,
Madre,
entre la rueda de oro!
Hasta tu traje negro, negro,
Madre,
tu traje doloroso
sacude su viudez y toma,
Madre,
alas de viento verdinegro y loco!
¡Entre la rueda de los nietos,
Madre,
entre la rueda de oro!

934

TESORO

Amanecía tras de la cortina
verdecito y tierno
con frescura de agua para las pupilas.

Voz, en espiga clara, de mi niño,
el cielo me traía,
cielo de amanecer tras la cortina.

En mi aéreo bolsillo de esperanza,
sin saber, como un niño, si cabría,
me eché una estrella clara para el día!

934

CANCION DEL ESPEJO CON ARBOLES

Alta, la mañana;
despierta la estancia
teñida de sueño
frente a la ventana;
claridad de plata
con verdores nuevos
en la luna clara;
mañana de espejos,
espejo del alma,
con árboles verdes
dorados de gracia.
Salida del baño, tu bata morada,
entre los verdores de la luna clara
riega agua violeta por la luz callada.
Y te sigo ave, por la fronda clara...
un ave violeta, fresca como el agua
y revoloteante por ramas y ramas,
en la transparencia,
inmóvil del agua!

934

CALENDARIO

Enero... Diciembre, extremos.
Mi corazón se devuelve:
¡Diciembre, Enero, fraternos
y enlazados para siempre!
Vago, vuelo, contratiempo,
mientras corre presurosa
mi sombra hacia otro momento.
Y yo me llevo ¡yo mismo!
y ando muy lejos mi barco
como experto marinero,
mientras que en la fecha nueva
su flecha me clava el tiempo!

Dic. En. 925-26.

EQUILIBRIO

Brilla el día, alegría,
sopla el viento, frescor;
tu serás novia mía
porque hueles a flor!

Brilla el día, alegría,
canta el agua, canora;
yo seré novia tuya
si detienes la hora!

924

De cómo se ha formado la na...

(Viene de la pág. 152)

man, en las que puede poner su verdadero acento histórico!

Después de esa magnífica interpretación del panorama, el autor entra en la etnología. De zona en zona vamos observando, cual en planchas radiográficas, los diversos grupos raciales a que pertenece la gente colombiana, y asistidos por una rara capacidad de penetración estudiamos sus características físicas, intelectuales y morales. Si en el investigador que nos lleva de la mano no fueran al par lo sutil y lo profundo, fácil sería perdernos en tanto meandro psicológico y atribuir a inferioridades raciales no pocos desmedros fisiológicos, no pocas perversiones de la ética, no pocos dolames de la mente y no pocos desvíos espirituales, que tienen por causa, las más de las veces, la carencia de higiene, o una alimentación inadecuada, o endemias fáciles de vencer, o labores exageradas y penosas. Con esta comprobación de que a la biología pertenece también el espíritu, se dilata enormemente la perspectiva cultural del pueblo colombiano. Su ritmo de perfeccionamiento aceleraríase, mucho más que con todas las predicaciones de idealismo, con una intensa labor higienizante, unida a las trasmutaciones sociales que esta época **terriblemente** humana reclama.

En la diferenciación fundamental de las inclinaciones de esos grupos raciales, el historiador de su alma sabe hallar la concordancia armoniosa que forma el contrapunto psicológico de Colombia, el de más estilo, quizás, dentro del Continente sudamericano.

Sobre esa firme interpretación de la tierra y de la raza, Luis López de Mesa construye su obra, sólida y eurítmicamente. Todos los hechos de la vida nacional—los ingenuos de la infancia, los alocados de la adolescencia, que fué una larga crisis de crecimiento, y los que iniciaron su período adulto, cargagos de promesas de cordura—los estudia con singulares dones de comprensión y con el mismo criterio universalista que halló en la rosa de los vientos el viajero de "La Civilización Contemporánea". Múltiples conocimientos exigía el vasto temario. Pero el autor los posee todos. Aun en asuntos que nos parecían ajenos a sus disciplinas, como el del **desarrollo de la riqueza**, no vemos al filósofo, descarriado en la economía, sino al economista-filósofo, a quien la verdad aparente de los números no lo engaña, porque sabe buscar en ellos su significación humana.

Y así, presidido por la sabiduría, y sereno y justo—cual cumple al representante por excelencia de "La Generación del Centenario", que ennobleció la vida pública, mitigó el frenesí pasional de la política, creó un verdadero clima espiritual y le trazó a la República una nuevo línea de la suerte—Luis López de Mesa le enseña a América cómo se formó la nación colombiana y qué misión ella ha de tener en la gran síntesis anunciada por los signos de este doloroso período del mundo.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).

Señalamos este esfuerzo cabal de una de las mujeres de nuestra América:

El Instituto Nacional en sus Bodas de Plata. Por Clara González. Editor: Ricardo Zozaya. Panamá. 1934. Un vol. Pasta.

También señalamos:

Canto a Teresa. Un esquema de hidrografía poética. Por Salvador Novo. Ediciones Fábula. México. 1934.

Envío de Espasa-Calpe, S. A.:

La leyenda del pirata. Novela. Por M. Ciriquiain-Gaiztarro. Ediciones Elcano. Bilbao. 1934.

Espasa-Calpe, S. A., Madrid Acaba de editar esta preciosa y recomendable ***Geometría*** infantil, en dos tomos, pasta:

Las formas geométricas (Grado de iniciación). Madrid. 1934.

Estudio de las formas (Grado medio). Madrid. 1934.

El epígrafe en ambos: «Se aprende oyendo; mejor que oyendo, viendo; y mejor que viendo, haciendo».

Cortesía de los autores:

Miguel Luis Rocuant: ***En la barca de Ulises.*** Impresiones de Grecia. Dibujos de Henry Spencer. Madrid. 1933.

Con el autor: 17, rue Massenet. París. 16 éme.

Luis Villaronga: ***Carmencita.*** Madrid. 1933.—***Banderas rojas.*** Novela. C. I. A. P. Madrid.—***La república sentimental.*** Novela. Madrid. 1933.

Carlos B. Quiroga: ***El paisaje argentino en función de arte.*** Tor. Ediciones Argentinas. Buenos Aires.

Con el autor: Victoria 2966. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Humberto Salvador: ***Esquema sexual.*** Tesis universitaria. Quito. Ecuador.

José Muñoz Cota: ***Romances de la hoz y del martillo.*** Ediciones F. E. P. México. 1934.

Con el autor: Ap. Postal 2691. México. D. F. México.

Plorio A. Gabulli: ***Floras enfermas*** (Poesías). Montevideo 1934.

Con el autor: Cuaró 3059. Montevideo. Uruguay.

Alberto Zum Felde: ***Alción.*** Misterio en tres ciclos. Ediciones de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense. Ilustraciones de Antonio Pena. Montevideo. 1934.

T. Esquivel Obregón: ***Mi labor en servicio de México.*** Ediciones Botas. México 1934.

Partido antirreeleccionista. Trabajos para la pacificación. Decena trágica. Gobierno de Huerta.

Gustavo Doré: ***Vivian Christie.*** Novela. Biblioteca Ecuatoriana. «Editorial Bolívar». Quito. 1934.

Nicolás Rubio Vásquez: ***Prismas interiores.*** Ambato, Ecuador. 1934.

Mariano Picón Salas: ***Registro de huéspedes.*** Novela. «Editorial Nascimento». Santiago de Chile. 1934.

Cipriano Santiago Vitureira: ***Libro de pausas.*** Dibujos de Norberto Berdia. Biblioteca «Alfar». Montevideo.

José G. Antuña: ***La Constitución de 1934.*** Montevideo. 1934.

José Ramírez: ***Madame Colette.*** Novela. Caracas.

José Díez-Canceco: ***Duque.*** Novela. Prólogo de Luis Alberto Sánchez. Biblioteca América. Vol. I. N.º 1. Editorial Ercilla. Santiago de Chile. 1934.

José de J. Núñez y Domínguez: ***Martí en México.***

Augusto Arias: ***El cristal indígena.*** Editorial América. Quito. 1934.

Rogelio Sotela: ***Motivos literarios.*** San José de Costa Rica. 1934.

Luis Lopez de Meza: ***Cómo se ha formado la nación colombiana.*** Bogotá. 1934.

El signo histórico de América. El territorio de Colombia. Composición e índole de los grupos raciales que la pueblan. Desarrollo de su riqueza. Su evolución constitucional. Religión y religiosidad suyas. Empresas históricas de su cultura. Su expresión en el arte. Su misión.

Santiago Pallegri: ***El capitán trovador.*** Poema dramático en un prólogo y tres actos. Montevideo. 1934.

Ernesto Pinto: ***Fechas quebrantadas en mitad del vuelo.*** Montevideo. Uruguay. 1934.

Elena Vargas U.: ***Apuntes de aritmética*** para los alumnos de IV, V y VI Grados. San José Costa Rica. 1934.

Por la Biblioteca Nacional de Quito, Ecuador:

Alfredo Pérez Guerrero: ***Fonética y Morfología.*** Texto para Colegios de Segunda Enseñanza e Institutos Normales. Quito. 1933.

Señalamos:

Un libro nuevo de Baldomero Sanín Cano, titulado: ***Divagaciones filológicas y apólogos literarios.*** Envío del editor Arturo Zapata, de Manizales. Colombia. 1934.

Excelente doctrina en 24 ensayos.

Señas de escritores:

Ernesto Pinto,
Larrañaga 621,
San José, Uruguay.

Santiago Pallegri,
García Cortinas 2387,
Montevideo, Uruguay.

José de J. Núñez y Domínguez,
Moneda 13,
México, D. F. Méx.

Cipriano Santiago Vitureira,
Isla de Flores 1530.
Montevideo, Uruguay.

Mariano Picón Salas,
Biblioteca Nacional,
Santiago de Chile.

Lic. T. Esquivel Obregón,
Av. 5 de Mayo, 32, Desp. 406.
México, D. F. Méx.

Nicolás Rubio Vásquez,
Apartado N.º 47,
Ambato, Ecuador, S. A.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Tablero

—1934—

COMENTARIO AL MARGEN DEL DISCURSO DE HITLER.

Resumen y traducción de Mrs. Murray

Cualquiera que sea el efecto que el discurso de Hitler haya producido en otros países, el hecho es que nada puede justificar la matanza del 30 de junio en Alemania.

Lo que dice Hitler del complot y del papel llevado a cabo por Roehn y otros líderes de las «Storm Troops» no nos convence, porque ya los acusados, por estar muertos, no pueden defenderse y ningún testimonio real se ha ofrecido al público.

Puede ser que el señor Hitler esté completamente convencido de la existencia de un complot, pero tenemos derecho a dudar, porque hace dieciocho meses estaba plenamente seguro de que los comunistas tenían en proyecto una serie de asesinatos y la única prueba que podía ofrecer era el incendio del Reichstag, en el cual, diez meses después, apareció complicado únicamente Van der Lubbe, que era un pobre demente.

Es probable que el caso sea ahora análogo y que no haya ninguna evidencia contra los infelices ejecutados sin misericordia el 30 de junio. Es cierto que había descontento y que habían circulado los rumores con respecto a un complot; pero no pudieron encontrar ninguna prueba. ¿Por qué, si no tenían evidencia, dieron muerte a los conspiradores sin haberles seguido públicamente un proceso de manera que todo el mundo pudiera enterarse de su culpabilidad? Los muertos ya no pueden decir nada; pero es difícil imaginarse que un crítico alemán, de los menos escrupulosos, deje de preguntarse por qué fué necesario evitar que hablaran los acusados y no darles una oportunidad de disculparse.

El comportamiento de Hitler pone en evidencia que los jefes de Alemania en este momento han rechazado todas las máximas de la ley y de la justicia y que en vez del estado moderno del Oeste, se han entronizado el despotismo oriental y la tiranía medio-eval. Es así como se han roto las salvaguardias edificadas por las naciones civilizadas con el objeto de garantizar la vida humana y la libertad personal.

Lo mismo Hitler, que su diputado el Sr. Hess, han dicho que creen en el viejo sistema de restablecer la paz por medio de la matanza. No se sometió el caso a un proceso legal y hay que recordar las palabras de Hitler «En esta hora asumo la responsabilidad del porvenir de la nación alemana y yo mismo soy la Corte Suprema de la nación». Agregó que no era a él a quien le tocaba averiguar si a los conspiradores se les había aplicado una pena demasiado dura.

Y esto, que debían repudiar los países modernos, fué aceptado con el beneplácito de los diputados nazis del Reichstag.

EDITOR: J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Representante en Hispanoamérica: Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

La poesía de Claudia Lars

Por LEON PACHECO

= *Colaboración*. =

Melancolía que del indio llega.
Inquietud que se lanza a los caminos.
Vibración misteriosa que me lega
la raza celta de los nervios finos.

CLAUDIA LARS

"Estrellas en el Pozo" coloca a Claudia Lars, en un arranque que sale del fondo mismo de nuestra raza, en el primer piano de la poesía americana. Es un libro milagroso, no solamente porque es un grito lanzado a la fuerza de la belleza, sino porque es un canto vital salido del alma de una mujer. Conflicto armonioso en el cual resplandece, una vez más, la poesía auténtica con que se une al arte la teoría femenina que ha conmovido a todos los siglos desde el nacimiento de la primera poetisa occidental: Safo.

Se dijera que en la lira monorrítmica que siempre ha inquietado a las mujeres tocadas por el demonio de la expresión emotiva, palpita un mismo sentimiento de asombro ante los misterios húmedos del mundo. En la humedad crece la vida, de ella nace, como Venus, diosa de sal con "reminiscencias de molusco". Pero también en las poetisas auténticas la poesía ha sido un vicio solitario, quizás por un acto fallido del tiempo cuyos ritos sagrados estuvieron en Lesbos. Por eso esta poesía ha sido sensual, olorosa a vientos de mar, a tierra húmeda, a fruto preñado de promesas. Y además, es poesía en devenir porque la mujer teme, incondicionalmente, la obra cruel del tiempo, que tiene sabor de ceniza en sus sueños y aun en sus mismas realidades.

Hay trascendencia de lo fugitivo de los momentos que, engarzados en la plenitud del mundo, son la dádiva de los sentidos. Las poetisas no son tristes: son, a lo sumo, grávidas en su alegría, o tienen, también a lo sumo, una emoción religiosa que las hace confundirse en Dios—última esencia del panteísmo—, con un espasmo lunar. El misterio de la carne es un goce sensual dentro del cual buscan justificar su intimidad poco lírica. Un niño o un verso son para ellas el don de su necesidad de romanticismo.

Dos motivos predominan en los versos de Claudia Lars: el Amor y la Vida. En esto sale de la tradición que la influencia de la condesa de Noailles hizo aparecer en América con el nacimiento de aquella uruguaya que fué más hembra que poetisa: Delmira Agustini. El Amor y la Muerte fueron la preocupación de la condesa que, quizás en su Rumanía natal, sintió resonar en su alma el verso póstumo de Safo. Claudia Lars, por el contrario, comulga con la Vida, la lleva como "voluntad de Poder", que decía Nietzsche. Cuando la Muerte asoma en su cielo poblado de



Claudia Lars

Vista por *F. Amighetti*. Esta leyendo sus *Cantos de la Madre*.

optimismos, exclama, con una desolación que no tiene nada de la filosofía del Eclesiastés y sí mucho del Kheyyam:

Más tal vez, cuando Mayo de flores vista el prado,
abra tu savia el cáliz del jacinto rosado
y endulces el agrio gajo de las moras rojizas.

Lo que el poeta persa sintió en el fondo de la copa del festín egoísta—la fragilidad del tiempo—, ella lo aprisiona en este devenir que alegrará primaveras por venir. Vuelve siempre esa voluntad eterna, que es como un rito pagano en este sordo desierto en que todas las fuentes de la fantasía han enmudecido bajo el olor pestilente del petróleo del mecanismo moderno, a saltar en sus versos. Perseverancia que nos recuerda a Zaratustra perdido en La Engadina, loco de lirismo y de soledad, predicando el Retorno Eterno. ¿No sorprendéis en estos versos religiosos que esta poetisa ha desgarrado el velo de Isis? Cristiana porque llama hermano al lobo; teósofa porque en vidas futuras siente, desde ya, los escalofríos de la rosa que será su alma, cuando frente a ella repitan su eterno diálogo los sexos que busquen fecundarse para que Dios sea único e infinito.

Quiere fuertes a las cosas. Sobre todo al Amor. Para que duren los destinos que nos atan al sentido trágico del mundo se necesita la fuerza.

¡Somos esclavos tuyos, Dueño fuerte,
Señor que das la vida y das la muerte!

¿Pero es en verdad una musa angélica la de Claudia Lars? ¿Es más bien una musa pagana, una musa de festín coronada de pámpanos para el rito dyonisiaco? No hay posibilidad de vida sin ángulo, como no hay posibilidad de cielo sin ángel: ambos tienen una misma raíz. Los poetas son angélicos y son dyonisiacos. Inmovilidad en el cielo; fecundidad en la tierra.

Tiene Claudia Lars un admirable sentido del paisaje: es un alma mediterránea, como la de Góngora, el oscuro, como la de García Lorca, el claro. Pero sobre todo tiene algo que falta casi en todas las poetisas de claridad clásica: sentido lírico, asombro de pertenecer al mundo y poder decirlo, con un tono de elegía insumisa. Los poemas a su hijo no son otra cosa: y estos poemas son lo mejor del libro. Florecillas que bien podrían ser del jardín de Juan Ramón Jiménez; pero que son muy suyas porque su hijo es un milagro. **¿Que de dónde a mí llegaste?** es la trasmutación de valores que vibra en nuestro espíritu. Oíd la alegría con que lo dice:

¿Que de dónde a mí llegaste?
¡Quién lo pudiera decir!
Sólo sé que en mí has vivido,
desde que empecé a vivir.

Estos poemas son verdaderos retablos hechos con la ingenuidad con que los primitivos flamencos pintaron el divino alumbramiento. El Donador y la Virgen se han convertido en ellos en una aspiración de alabanza tropical: ofrendan a la Vida y al Amor frutas morenas y jugosas y unos ojillos infantiles prendidos aún a la madre por un ombligo lírico.

La explicación del sentimiento lírico de Claudia Lars—que Ortega y Gasset condenaría—, está en sus propios orígenes raciales. Hija tardía de un hombre que descubrió los rumbos del mar y de la aventura al fletar sueños en las playas benditas de los santos irlandeses para una América color canela. Nació en el trópico, en un país que llaman, con expresión nerviosa, El Valle de las Hamacas porque en él los volcanes sienten más que los hombres. El lirismo de aquella raza celta cuajó, bajo el sol candente, en un abrazo que fué todo fecundidad. ¡San Patricio es el patrón de esta gran poetisa que tiene el color moreno de nuestra tierra cuando la lluvia la azota como una bendición o como un castigo! Los indios de El Salvador no pueden imaginarse a la Virgen—que tuvo también su niño—, sino como una de esas compañeras suyas que parecen haber salido de los cuentos de Salarrué. ¡Barro, barro lírico en el cual florece una flor de Yeats!

Imprenta «LA TRIBUNA»